



Yula Riquelme de Molinas

## **Palabras en juego**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Yula Riquelme de Molinas

## Palabras en juego

Cuando los jugadores se hayan ido,  
cuando el tiempo los haya consumido  
ciertamente no habrá cesado el rito.  
Como el otro, este juego es infinito.

JORGE LUIS BORGES

A mis nietos.

Entre los cuentos breves de este libro, hay uno bastante largo que, a pesar de sus incursiones en nuestro fin de milenio, tiene algún toque de leyenda, de saga. Me refiero al que se llama «Aventuras de un monaguillo descarriado». El relato abarca toda una vida, aunque la acción transcurre en una sola noche. Aludiendo al mismo personaje, incluí cuatro pequeñas anécdotas que se desprenden de dicho cuento y que van insertas de manera independiente.

Cuando empecé a preparar el libro, me surgió la idea de combinar. Entonces, me zambullí entre mis apuntes y me dispuse a la selección. Por un lado, escogí diez cuentos tradicionales que tocan diversos temas. Por el otro, los cinco que narran exclusivamente las andanzas del monaguillo. Ya con el material a punto, comencé a trabajar en la estructura general, en la distribución de espacios... El tiempo pasó entre uno y otro detalle y así, «PALABRAS EN JUEGO» llegó a la imprenta. Y a tus manos.

Y.R.M. [10] [11] [12] [13]

### Candilejas

Clara Luz nació predestinada. Con el sello fatal de lo irremediable. Con el signo inequívoco de la estrella fugaz... Justo en el momento en que su madre la echó al mundo, el sol del mediodía se apagó por completo. La esfera de fuego se convirtió en una mancha oscura y rodó por las calles su sombra violácea. Se metió en la casa furtivamente. Y se amarataron la alcoba, las sábanas, la niña... El color azulino en la piel de la recién nacida, movilizó a la comadrona con la urgencia de un caso complicado. A los apurones, le soltó el cordón umbilical. La niña, lívida, parecía muerta. ¿Estará muerta?, dudó la mujer al no escuchar sus latidos en el corazón. Y se largó a gritar llamando a cualquiera. En medio de

la incertidumbre y el susto, pidió agua caliente, frazadas, fogón, un médico de inmediato y temerosa, calló la fatídica sospecha. Cada cual hizo lo que le mandaba su conciencia. La abuela, por si ocurriese lo peor, la bautizó con el agua del socorro. El padre le puso de nombre Clara Luz: «para ahuyentar los espíritus de las tinieblas», explicó. El chiquilín de los [14] mandados voló a buscar al doctor. La sirvienta se vino con dos mantas de oveja, una jofaina lanzando humo y después, aventó las leñas de la salamandra junto al canasto de puntillas y almidón en los voladones. La madre gemía acurrucada, frágil, en pacífica actitud. Su impotencia la cubría de olvido. ¡Ni se fijaban en ella! El cuidado, el desvelo, se lo prodigaban a Clara Luz. La partera no la desatendía un segundo. En ese mismo instante, sostenía a la niña en el aire. Agarrada de los pies, la impulsaba en agitado vaivén y le daba palmaditas enérgicas para que llorase, ¡y no lloraba! Entonces, la tendieron arriba de un almohadón y allí permaneció inmóvil, tan blanda como el cojín de plumas. No respondía y su público la contemplaba expectante. La noticia había circulado por el vecindario con la velocidad que se imprime a los episodios curiosos. Nadie podía predecir las consecuencias de un alumbramiento en eclipse de sol. La mera intención de analizar el riesgo de aquel percance, originaba el caos. Lógicamente, se hacían apuestas, surgían polémicas. Y no faltaron los vaticinios calamitosos, las proposiciones disparatadas... Y fue ahí cuando el padre, en su desesperación, apuntando un reflector de cien bujías se lo enfocó en el rostro. Clarita sonrió al conjuro de las luminarias. Abrió los ojos enormes y a todos devolvió la mirada. La mirada desenvuelta de Clara Luz asombró a la muchedumbre que llenaba la habitación. Levantó las manitas azules en gesto de saludo general. La concurrencia ovacionó frenéticamente [15] el portento. Clara Luz movió la cabeza de aquí para allá y repitió la sonrisa, ahora, consentida, vivaz: ¡había ganado el primer aplauso de su vida! Y llegó el médico. Con la premura de la circunstancia y a la vista de los vecinos, la auscultó en detalle. Al cabo del examen, ordenó que no molestasen a la niña y que despejaran la pieza sin demora. Aguardó a que se cumpliesen sus instrucciones y luego dijo a los familiares: es una chica sana, no corre ningún peligro, ese tonto prejuicio en contra de los eclipses de sol y el mal agüero que traen consigo, es nada más que habladuría popular, sin fundamento científico. Mientras así opinaba, escribía en su recetario las indicaciones concernientes. Entregó la hoja a la madre, la felicitó y se marchó a través de la siesta oscurecida. Pero los eclipses no son eternos y el sol volvió a brillar a su debido tiempo. La penumbra morada se fue del cuarto y Clarita se puso tan blanca, como el ombligüero de gasa que se lo anudaron a la cintura para darle su baño inicial. La comadrona se arremangó el guardapolvo y a medias, introdujo a la niña en la palangana. Por la pendiente fugitiva de su espalda, las aguas corrieron precipitadas y también los años... De un salto, Clara Luz abandonó la tina y envolvió su cuerpo desnudo, sensual, en la toalla de felpa y listones de raso. Flexionó sus largas piernas haciendo piruetas sobre la alfombra peluda. Sacudió con donaire sus cabellos muy cortos. La coronaban pequeños caracoles negros. Ella hundió sus dedos entre los rizos mojados y se frotó las [16] sienas para borrar la idea fija... Sin detener sus activos movimientos, Clara Luz dejó caer la toalla. Cesaron los masajes y destapó el frasco de aceites esenciales. Se lo derramó en la palma de su mano derecha. Las gotas aromadas impregnaron el ámbito. Ella aspiró en repentino éxtasis y suavemente, acarició su piel, se la untó con el bálsamo perfumado de rosa y canela. Buscaba aflojar sus tensiones, serenarse. Era día de estreno y a Clara Luz la dominaba su inquietud. A pesar de todos sus triunfos, la primera función siempre le producía ansiedad. Un testarudo presentimiento la colmaba de angustia. Le anunciaba un fracaso inminente... Y conste que sólo aplausos había cosechado desde que pisó las tablas. No obstante, una horrible pesadilla

la perseguía... Su pálpito le anunciaba que, al término de una esplendorosa noche de estreno, dejaría el teatro avergonzada. Se veía escapando de la crítica severa de sus espectadores. Transitaba un callejón desconocido, sombrío, mortecino... ¡Sin candilejas! ¿Cuándo, cómo y por qué? Ésa era la gran incógnita de Clara Luz. Aunque tal vez, ella se engañaba y sería lento el declive... Eso podría suceder. Pero su visión le mostraba un brusco desenlace. Sumida en sus conjeturas, vistió unos pantalones sencillos, camisa de muselina, zapatos informales y a cara lavada, marchó rumbo al teatro. Colgado al hombro llevaba un bolso con los bártulos y cosméticos de costumbre. Llegó temprano. Quería pasar por el vestuario sin prisa. Tenía que retirar el traje de época y los accesorios [17] que usaría esa noche. Como había decidido probárselos meticulosamente, era necesario contar con minutos a favor. Se metió en la garganta del coliseo. La ropería ocupaba un salón profundo y angosto. Escasas lamparillas lo iluminaban. Su particular aspecto infundía una mezcla de respeto y miedo. Clara Luz se armó de valor y avanzó... Una legión de personajes descabezados la recibió. Ellos se formaban en línea recta y estáticos, permanecían en sus armazones de madera, trapo y aserrín. Ella los fue saludando de uno en uno, hasta toparse con la dama vestida de terciopelo y mantón veneciano. Lo desnudó al maniquí y se llevó las prendas a su camerino. Cerró con llave la puerta. De lo contrario, la invadirían sus amigos de la farándula, los muchachos de la prensa, algún directivo de otra compañía con locuaz oferta e infaliblemente, su séquito de admiradores... Le gustaba ser halagada, ¿por qué no?, aunque en situaciones como ésa, añoraba el silencio de un claustro. Ella necesitaba estar sola antes de entrar a escena. Por eso no admitía asistentes, ni peluqueros y afines. Clara Luz prefería, en persona, controlar sus vestidos, su maquillaje, sus adornos... Sin interferencias deseaba repasar concienzudamente el libreto, declamar su parlamento en voz alta, entregarse en cuerpo y alma al contacto íntimo con el personaje a ser interpretado. Y por supuesto, la soledad también era la fórmula ideal para librar su batalla diaria contra el signo maldito. Cuando con mayor frecuencia lo enfrentara, lograría quizá la victoria. [18] A eso estaba dispuesta. Y se preparaba para eso. Ella sabía de su nacimiento en eclipse de sol. Y esperaba el devenir del ocaso. Sin embargo, segura declaraba que no se resignaría a perder su condición de estrella, su fama adquirida laboriosamente. ¡Si es necesario empezaré de nuevo! ¡Quince años de actuación no se tiran porque sí, al cesto de los desperdicios!, exclamó enardecida. ¿Qué haría en un futuro sin candilejas? ¿Qué haría?... De pronto, unos toques de nudillo en la puerta la llamaron a escena. Se miró a su espejo con marquesina de luces, se retocó la falda, el corpiño ajustado, el manto, y ciertos bucles rebeldes que asomaban del rodete postizo. Desalojó el camarín. En el pasillo desierto retumbaron las suelas de sus botines de utilería. Llegó. Ensayó un ademán virtuoso y salió a representar a Desdémona, la mujer de Otelo. Las candilejas proyectaban sus rayos incandescentes en el proscenio. El telón de pana rojo escarlata se replegaba en frunces de punta a punta. La luna de papel se columpiaba entre las bambalinas. Clara Luz se movía a sus anchas sobre el tablado. Su lucha cobraba fuerza en cada gesto, en cada palabra... Acabó el último acto. El auditorio se agitó en vítores y ovaciones. Ella respiró con alivio. Una vez más, había superado el estreno y en este caso concreto, la furia asesina del Mercader de Venecia, el marido celoso de la fiel Desdémona. Estaba satisfecha, logró compenetrarse al máximo con la heroína de Shakespeare. La sangre le hervía a borbotones. Un tifón caliente se alborotaba en [19] sus venas a punto de estallar. Podía sentirse orgullosa de sí misma, pero, ¿hasta cuándo?, se preguntó. Aún no es el tiempo, dedujo y complacida, se inclinó ante su público para agradecer los aplausos. Se inclinó, se inclinó un poco más todavía. Sí, ¡hasta besar las tablas! Las candilejas comenzaron a eclipsarse... La

rueda del destino giraba impasible hacia adelante... Después, la recogieron del suelo. Blanda, azul, sin latido. [20] [21]

### Las primas

Una sabía barrer, la otra planchar, la otra guisar, la otra fregar... y todas, sabían abrir la puerta para ir a bailar. Menos Rosario. A ella le carcomía la amargura desde que una semana antes de la boda, su querido Abelardo se marchó con Guillermina. En el joyero quedaron ocultos el cintillo de compromiso y la alianza de oro. Envuelto en papel azul y bolitas de naftalina, envejecía sin estreno el vestido de novia. Rosario se había prestado al engaño como una tonta y quizá por eso, nunca logró superarlo. Era la más linda entre las primas y fue la primera en conseguir novio. Un novio serio, de serias intenciones. Con mucha seriedad lo aprobaron en serie. Todos de acuerdo. Pero la monotonía doméstica se desmoronó de improviso: cual ráfaga incandescente, surgió Guillermina en la casona gris. Con sus caderas movedizas y su picardía, sacudió el aire santo en los corredores. Y tras meriendas en el parque y tertulias en la terraza, se hizo con el amor de Abelardo. Nadie lo notó, hasta que sobrevino la fuga. Guillermina era la prima del campo y con ese cartel, se había ganado [22] la confianza familiar. Dejó el pueblo con el supuesto deseo de estudiar en la ciudad. La parentela en pleno la recibió complacida. Las primas le ofrecieron el ropero, los tíos el bolsillo... Y se metió en la rutina de los Blasco y Núñez, sin avisar que portaba el germen de la tragedia. Rosario simpatizó con Guillermina, la tomó bajo su tutela y la hospedó en su alcoba. A la muerte de sus padres, Rosario había heredado el lecho matrimonial de los difuntos. De manera que compartió con la prima del campo, su cama, su espacio... La casona sumaba numerosas habitaciones, aunque la mayoría, repleta de muebles desvencijados. Por gracia o desgracia de su orfandad, contaba Rosario con aposento propio. Las primas restantes, que eran cuatro señoritas en edad de merecer, no tenían más remedio que acomodarse en la pieza que sobraba en el ala izquierda. Del lado derecho, vivían los tíos, las tías, el gato de angora, un poeta romántico de dudoso parentesco y aspecto delirante, y la pequeña bisabuela que parecía de juguete, por su blancura de talco, su pelo de algodón, su delantal de muñeca. Estos personajes de variedades copaban el escenario de los Blasco y Núñez. Guillermina se les agregó una mañana, cuando estaban desayunando plácidamente. Entró por la puerta de servicio y todos pensaron que era la mucama nueva. Traía consigo una valija de cartón y un bolso deshilachado. Las primas ni la miraron. Con pocas ganas, la tía Clotilde se levantó de la mesa, la aferró del hombro y se la llevó al cuarto del fondo. Por el [23] camino, Guillermina le corrigió el desliz. La tía pidió disculpas y regresaron al comedor. La presentó en voz alta para llamar la atención. Rosario tomó la iniciativa y le dio la bienvenida. Los demás la imitaron y al minuto, se aclaró el malentendido. Así, de golpe, irrumpió Guillermina en la vida cotidiana de los Blasco y Núñez. Las primas, solidarias, se pusieron en campaña para adaptarla al medio, al modo y a la moda. Teresa blandió las tijeras y le cortó las trenzas. Juliana le subió el ruedo de la falda. Fernanda le depiló las piernas y también las cejas en forma de medialuna. Sofía le pintó la cara con sus coloretes. Rosario la calzó con sandalias de tacones y la condujo a la sala para que Abelardo la conociera. Abelardo abrió los ojos, la boca, los brazos... Y abrió igualmente el corazón, pero de esta abertura, ni una palabra, ni un solo gesto. Y la fortuna cerró el cerco. Y en el huerto apacible de la casona, la fruta del

manzano empezó a lucir para el futuro consorte. La pobre Rosario, al cabo de la jornada, quedó peripuesta y sin novio a un pasito del altar. Ésa fue la catástrofe que ocurrió después. Después de que pasaran dos meses en dulce armonía las primas y Guillermina. Durante ese tiempo, ni un falsete hubo que hiciera presagiar la traición de Abelardo. El novio se portaba maravillosamente. Aparecía con más frecuencia, más temprano, más desenvuelto, más obsequioso, más perfumado. En fin, cada hora que transcurría, más y más aumentaba el cariño de Rosario por Abelardo. Y claro, con tantas demostraciones, [24] ¿cómo no sentirse halagada una futura esposa? Rosario, con entusiasmo, iba a la modista, al peluquero, a la florería, a la iglesia... Se probaba los tules, el peinado. Ordenaba el ramo, las amonestaciones. Al trote circulaba de aquí para allá y al prometido lo atendía Guillermina, que para eso era la prima mimada de Rosario. Y le usaba el peine y los ruleros en la maraña de su melena. Y bueno, Guillermina, por servicial se merecía estas concesiones. Jamás descuidaba los gustos del pretendiente. Una torta de chocolate o un refresco de naranja con mucho hielo y muchas sonrisas, hacían las delicias del paladar; a la vez que el traqueteo sensual de sus caderas, caldeaba de inmediato la sangre de Abelardo. Los tíos, que cierta «experiencia» tenían, alguna cuestión intuyeron, al ver a la prima del campo actuar como cabaretera y reír como descocada, mientras cumplía el cometido de entretener al primo político. No obstante, callaron al respecto porque el casamiento estaba próximo y se les antojaba muy justo que Abelardo se fuera despidiendo de la vida de soltero con el mayor provecho. En esas reflexiones andaban, siempre que Rosario llegaba a la casa. Distraída, sin dar la menor importancia a los infieles, ella cruzaba el parque entonando la marcha nupcial. Guillermina y Abelardo interrumpían el coloquio y la miraban pasar con el temor de la culpa. Sin embargo, a Rosario se la notaba tranquila: Abelardo gozaba de grata compañía, mediante el aporte generoso de Guillermina. Y fue así cómo los estudios de la prima del [25] campo tuvieron que posponerse para luego de la ceremonia religiosa. Permanentemente, Guillermina se diligenciaba con el pedido de la novia: evitar que el futuro marido se aburriese. En tanto, Rosario se encargaba de activar los preparativos. Esta complicada faena requería dedicación, empeño; incluso favores... Guillermina había aparecido en el momento exacto. Rosario, ignorando el peligro, dejó en poder de la farsante a su idolatrado Abelardo. El tropezón era inevitable, teniendo en cuenta los apremios y la falta de ayuda que por huérfana, soportaba la novia. Asimismo, el corto plazo para la boda exigía premura. Y sí, la fecha se acercaba. Y Abelardo se alejaba... Ninguno se percató de que una siesta, cuando Rosario y el gato echaban un sueñito y las primas se habían ido al colegio, Guillermina atravesó el jardín con su maleta de cartón. Abelardo la aguardaba a la vuelta de la calle. Tomados de la mano partieron con rumbo desconocido. La bisabuela fue la única que los vio marchar, mientras su blancura de talco se derretía bajo el sol. Justo ese lunes, Rosario había exagerado con el ajetreo. Cayó rendida de cansancio. Se durmió. Y sin querer, dejó a la anciana plantada en la terraza. Sentadita en su silla de ruedas, la bisabuela controlaba el vecindario con sus binóculos de carey. Eso le permitió ser testigo de la terrible humillación de su familia. Apenas despertó Rosario, la bisabuela se apresuró a contarle la historia. Rosario la escuchó con el pensamiento en otra parte: hacía tiempo que la vieja decía [26] pavadas solamente. Y regresaron las primas del colegio. Y los tíos de la oficina. Las tías, que habían salido de compras, acudieron con retraso y cargadas de paquetes. Y Abelardo no llegaba. Guillermina tampoco. Rosario se acordó de la bisabuela y le pidió que repitiera su versión. La anciana, perdida en el laberinto de su memoria, le relató un percance de juventud y se largó a llorar desconsoladamente. Secaba sus lágrimas con su delantal de muñeca. A Rosario le asaltó una duda y se fue directo a su alcoba. Buscó

la valija de Guillermina y demás pertenencias. Nada encontró. El vacío aterrador le iba señalando la magnitud del ultraje. Llamó a las primas con gran alboroto. Fernanda, Juliana, Teresa y Sofía se plegaron al escándalo y lanzaron gritos indignados. También el poeta romancón se unió a las primas. Con su más puro estilo melodramático, a grandes voces, declamó un soneto para el olvido. Rosario enmudeció de golpe y acusó el impacto. No se volvió a mencionar el asunto. La rutina de los Blasco y Núñez siguió adelante. Las primas terminaron sus estudios y continuaron alternando con la escoba y el jabón, la plancha y las cacerolas. Cada sábado por la noche, pintarrajeadas y maduritas, abrían la puerta para ir a bailar, menos Rosario. [27]

### El señor de la farmacia

Domingo en Buenos Aires. Agosto ventoso. Mediodía sin sol. La señora vaciló. Miró atrás. Miró su reloj de pulsera. Miró las hojas secas que revoloteaban en el sendero de la plaza. Pero no miró hacia el costado derecho. Por allí pasaba, en ese preciso instante, el señor de la farmacia. Ella lo había visto avanzar desde lejos. Y se impresionó como una chiquilina tonta. Y lo evitó a propósito. Él iba distraído y ni cuenta se dio. De lo contrario, se hubiese detenido a saludarla, charlarían... ¿O no? Le contestó su propio silencio. En realidad, desconocía la versión doméstica del farmacéutico. Por primera vez lo había encontrado fuera de su entorno medicinal y para colmo, ¡a una hora imprevista! Se desconcertó. El episodio no cabía en la mente de la señora solitaria, propensa a divagar... A lo ancho de sus sueños, ella forjaba proyectos de a dos. Quería huir de su soledad. Y claro, en la supuesta compañía del señor de la farmacia, ensayaba diversas escenas. Sin embargo, nunca en la plaza, con ventarrón y palomas de fondo. Sus personajes actuaban dentro de la [28] farmacia. Él, con guardapolvo largo, blanco, impoluto, rodeado de ampollas y jeringas de vidrio aséptico, tubos y botellitas de amplio espectro. Ella, blusa de seda, tacones altos, labios rojos, perfume de sándalo. Nadie más que ellos. La hora indicada: muy tempranito por la mañana. Definitivamente, el encuentro a destiempo la sorprendió. Y fue entonces cuando vaciló. Y se ruborizó. A menudo se complicaba con su timidez. La inseguridad le restaba soltura. Por esa razón, sus improvisados coqueteos con el señor de la farmacia habían caído siempre en rotundo fracaso: ¡él no se daba por aludido! Pese a que con sospechosa frecuencia, desde que se mudó a ese barrio, la señora hacía sus compras de remedios y afines o cualquier otro objeto de dudoso provecho en la botica de la esquina. Y curiosamente, ni los repetidos ensayos la animaban a utilizar sus encantos. Con cuentagotas la señora administraba al boticario una dosis mínima de gracia. Por lo visto, ineficaz. No obstante, ella se retiraba de la farmacia emocionada, en plena turbulencia el corazón. Luego, atravesaba la plaza y la calle y se metía en su edificio, en su departamento del séptimo piso. Se sacaba el vestido, los zapatos, las medias. Se dejaba las ligas de encaje, la ropa interior. Y ante el espejo, examinaba con inquietud su cuerpo avejentado, su línea casi perdida. Inevitablemente se comparaba con el señor de la farmacia. Lo recordaba pulcro en exceso. Flaco, alto, con un solemne resplandor en sus gafas de armazón de oro. Ella no era capaz de sostenerle [29] la mirada y confusa, ponía los ojos en los escaparates. Señalaba un rollo de venda elástica, unas tijeras quirúrgicas, un frasco de aspirinas y sin preguntar el precio, compraba. A los apurones, pagaba. Y las cosas iban de mal en peor: además de todos sus defectos, a la señora le resultaba imposible dominar el deseo... Por supuesto, en

presencia del farmacéutico, era cuando menos lo conseguía. Al verlo así, ajeno, remoto, abismado en su ambiente sanitario, se descontrolaba. Con el gesto altivo y el porte impecable, moviendo las manos como si fuese en cámara lenta sobre el mostrador, el señor de la farmacia empaquetaba el pedido de la señora. A ella le atacaba una urgencia singular cada vez que se le aproximaban los puños almidonados de la bata blanquísima, el anillo esplendoroso, las uñas de punta roma extremadamente limpias. Y en la cumbre de su ofuscación ideaba una escena de amor ardiente, pero en el momento del gran apogeo, los dedos estériles rozaban su piel... Entonces, en medio de aquella higiene desmesurada, se le aplacaba la fiebre y suspendía el juego. No aguantaba la farsa y se iba. Así pasaron los meses. Se cumplieron seis. Nada cambió con el cruce fugaz del señor y la señora en la plaza. En apariencia, todo lo echó a perder el desconcierto. Y aunque era evidente que el encuentro fue un toque de vigor, una fuerza que podría ayudarle a superar sus problemas, ella no lo aceptaba todavía... Y se precipitaron los acontecimientos: esa misma noche, a las nueve, la señora regresaba [30] del centro. Había ido al cine, sola como todos los domingos. Ya en Palermo, subió las escaleras y abandonó el subterráneo. Se plantó en la esquina. La farmacia de puertas cerradas la recibió oscura, silenciosa. Únicamente, se filtraba por las rendijas el olor característico que la delataba: cápsulas de vitaminas del complejo B, alcohol rectificado, linimento, jarabe de eucalipto y también, ¿por qué no?, la colonia de lavanda inglesa que usaba el farmacéutico. Aquellos efluvios la inundaban de una nostalgia inexplicable. Aspiró desolada en la penumbra. Las dos vidrieras paralelas arrojaban una suave claridad. El reflejo iluminaba apenas la placa verde, circular, y la cruz blanca con el nombre de la farmacia en su interior. La señora se sentía triste sin saber por qué. Para eludir sus pesares caminó hasta el kiosco, eligió una revista y entró en la plaza. Llegó hasta el farol más radiante, se sentó en su banco de costumbre, hojeó la revista. En la segunda página vio el anuncio publicitario de un medicamento. Y se acordó del señor de la farmacia. Y trató de adivinar dónde estaba cuando no estaba en la farmacia. El enigma la sofocó. Se quitó los guantes, los metió en la cartera. Tuvo frío, escondió las manos en los bolsillos de su tapado gris. Añoró el calor del mediodía cercano. Quiso revivir el encuentro prodigioso, corregir su estupidez. ¡Era imposible! Se levantó resignada, anduvo un trecho y salió de la plaza. Atravesó la avenida. Indecisa, sacó las llaves, guardó las llaves. Esquivó su edificio y se corrió una puerta más allá [31] para tomar café en el boliche de al lado. Empujó los cristales de vaivén y se integró al humo, a la bohemia, al tango de la guardia vieja que lloraba en el bandoneón. Vacía, sin prisa, sin ilusiones, se acomodó junto a la ventana. Cruzó las piernas y con un pie siguió el compás arrabalero. Sufrió de soledad. Los arpegios rebotaban en las paredes y el eco multiplicaba el llanto de las madre selvas. El mármol baldío de la mesita acentuaba su desamparo. La señora hizo lo justo para ahuyentar las penas, pero tropezó con todos sus errores. El desaliento ganaba terreno... Con desesperación evocó al señor de la farmacia. Su silueta respetada, inalcanzable, se perdía a lo lejos... Le dolió la distancia. Una honda melancolía la iba acorralando... Se puso en guardia. Distendió el ceño. No permitiría que más arrugas invadieran su cara y su alma. Le agregó bastante azúcar al café y lo revolvió cuidadosamente. Bebió. Se le endulzaron los pensamientos. Su amargura cedió. Un suspiro prolongado se dejó escuchar. Ahora, ella se reanimaba observando a través del ventanal. Intentó ponerse a tono con los que paseaban tranquilos por el bulevar. Con los cinco sentidos bien dispuestos ordenó sus asuntos amorosos y en calma, se organizó para la mañana del lunes. Muy temprano visitaría al boticario. Y se cumplirían sus sueños. Con gusto se lanzó a planificar su entrada gloriosa en la farmacia. Aunque surgió el problema inevitable: de golpe, el ánimo se le vino abajo. Se



amilanó. Comenzó a dudar: se le hacía difícil predecir la respuesta [32] del farmacéutico a sus requerimientos. La incertidumbre había regresado. De modo que pagó el café y se fue a dormir. No consiguió dormir. Leyó, fumó, sufrió, lloró... No se acostó ni se cambió. El alba la sorprendió en el balcón. Aún lucía su atuendo de la noche anterior. Los canarios trinaban con alborozo en la jaula de bambú. Mientras, la señora vertía lágrimas de impotencia entre geranios y verdolagas. Desorientada, se cuestionaba su absurda postura. No era para menos. ¡Por fin el señor de la farmacia había salido de su ámbito purificado! Ella pudo localizarlo en la plaza como a cualquier vecino, desprovisto del alcanfor, el bactericida, los antisépticos y sin embargo, no lograba recuperarse. El temor a lo desconocido la angustiaba. Tenía que descorrer la estantería de las penicilinas, el tónico, las píldoras, las tabletas de calcio y después, explorar la trastienda, el revés del boticario. ¿Acaso a la señora le importaba el mundo más allá de la farmacia? ¡No! ¿O sí? Confundida, se apoyaba en la baranda y deslizaba sus pupilas brillantes sobre el asfalto. Los escasos automóviles circulaban con sus faros encendidos. Se presentaba un amanecer de cielo nublado, de aire tormentoso. De repente, tuvo ganas de envolverse en los nubarrones, de rodar cuesta abajo... Dobló la cintura sobre la baranda. Se inclinó peligrosamente. Su propio instinto la arrancó del borde y la tendió de espaldas en la cama. Vestida y calzada, se derrumbó como una marioneta cuando cae el telón. La consumían sus miedos. Pero de a poco se [33] fue apaciguando y entonces, recordó al detalle su encuentro en la plaza con el señor de la farmacia. Y al cabo de atar cabos, descubrió que el boticario era un hombre común y corriente. Que sin el guardapolvo immaculado se lo notaba patilargo, deslucido, con alguna panza y manchas en la camisa. A la vista quedaba su ajeteo de varón maduro. Y tenía el rostro sumiso, la mirada simple, el gesto indefenso, la orfandad a ras de piel. La señora lo aceptó conmovida y esta vez no vaciló. Miró de frente y sin titubeos, salió rumbo a la conquista del señor de la farmacia. [34] [35]

### María de las Mercedes

Cruzo las vías. Me detengo en la vereda de piedra lisa y pasto en las coyunturas. Tomo impulso y con alegría, abro los portones. He llegado a destino. Al hogar ilustre de María de las Mercedes. A estos muros legendarios cuya estampa, teñida de historia y expuesta al embate de todos los vendavales, mantiene su grandeza. Sí, he arribado felizmente a la casona colonial de dos aguas y múltiples hazañas. A la intrépida que persiste sin tiempo y sin apremio en las inmediaciones de la Estación del Ferrocarril. Aquí, Fulgencio Yegros, Ignacio Iturbe, Pedro Juan Caballero y demás caudillos de la época, forjaron nuestra Independencia. Se cuenta que en medio de las conspiraciones para la Revolución, ellos se daban pequeños recreos y ensayaban con la banda de algún convento de la vecindad, los giros donairosos del minué. Así entonces, la casona fue activa participante en el soltar de las cadenas y en el regocijo de los héroes. Hoy, también aquí, entre sus anchas paredes de adobe, sus vigas de palma, sus corredores sembrados de helechos y culantrillos, trajina con paso pertinaz un fantasma sin grilletes llamado María de [36] las Mercedes. Todos los que en esta casa estuvieron, los que estamos ahora y los que estarán más adelante, oyeron, oímos y oirán los pasos de Merceditas. Pasos firmes como ella, inquietos, obstinados; con la insigne misión de perpetuar su especie. Y claro, por esos azares imprevisibles de la vida, nadie dejó descendencia en su familia. Merceditas había sido la última de diez hermanos y

la única que se quedó para siempre en la casona. Se comenta que la antigua edificación se fue deteriorando hasta casi completar su ruina. Eso era de esperar, puesto que el pobre solar había atravesado pacientemente los negativos planes urbanísticos del Dictador Francia y sus increíbles «genialidades». Tuvieron que transcurrir muchos años para que la casa fuese restaurada y habitada de nuevo. Por cierto, antes de la Guerra Grande, cuando el gobierno del Mariscal López se mostraba floreciente, un ingeniero inglés había sido contratado para completar las obras del ferrocarril. Apenas pisó el país, el extranjero compró la vieja casona colonial, mas la amenaza de guerra lo ahuyentó enseguida. El caserón siguió destartalándose junto a las vías del tren y al filo de los ataques sangrientos de la «Triple Alianza». Finalizada la contienda, volvió el ingeniero, inició la restauración y conservó fielmente el más puro estilo español de la casona. Luego, su esposa e hijos abandonaron Inglaterra, surcaron los mares y se establecieron aquí. De modo que al cabo de una prolongada soledad, el fantasma de Merceditas logró compañía: la prole del matrimonio [37] inmigrante era numerosa y el caserón se colmó de risas y juegos. La niña menor de los recién llegados resultó ser mi abuela. Haciendo cálculos deduzco que mi abuela ya tuvo que haber superado los cien años. ¿Le aguarda la misma suerte que inmortalizó a María de las Mercedes? ¿Se me irá cumpliendo el presentimiento? La verdad es que hoy, de regreso a mi tierra después de tan larga ausencia, la idea cobra fuerza. Se convierte en certeza al toparme con la abuela. Apoyo mi maleta en el suelo y la saludo con besos y abrazos. Me asombra su levedad, su transparencia, su voz baja y lejana. ¿Se irá terminando despacio sin acabarse jamás? Estimo que Merceditas lleva dos siglos de historia sobre sus espirituales hombros. Mientras resuelvo esta cuenta, recojo la valija y tomo el rumbo de mi habitación. La presencia de Merceditas se nota en el rumor de sus pasos saltarines y apresurados. Ella me rodea con interés. Adivino su exagerada curiosidad en los giros repetidos que la mueven a mi alrededor. Entra en mi cuarto sin interrumpir la ronda. De golpe, surge un mutismo bien perceptible: Merceditas se aquietó frente a la ventana. Entiendo que su afán de reconocermé quedó satisfecho. Empiezo a deshacer el equipaje. Al rato, inopinadamente, mi abuela se acerca para ofrecerme el té. Mi abuela inglesa toma el té a las cinco en punto de la tarde. A mí, que no me hablen del té. Prefiero un café retinto y amargo. No obstante, agradezco la gentileza de mi abuela y paso por alto mi afición. La anciana se va [38] silenciosa como vino. Yo sigo desempacando y guardando mi ropa. Merceditas continúa inmóvil en su sitio. Esto me parece inusual. Sé que ella, incansable, recorre la casa de punta a punta las veinticuatro horas del día. Es evidente que algo en mí la tuvo que haber impresionado. Y el impacto le está durando... Me dirijo hacia el lugar donde la intuyo. Cuidando de no tropezarla, me aproximo al ventanal y tanteo las persianas empinadas hasta el techo. Acciono la falleba y abro de un estirón. Salgo a la terraza. Camino hasta los balaustres pintados de blanco. Los pasitos espectrales se ponen en marcha. El siseo se me pega a los oídos. Merceditas se instala a mi vera y se acoda conmigo en el balcón. El ramaje de un jazminero se trepa en la glorieta. El perfume de las flores pasea con la brisa. Inunda mi alcoba de torrencial fragancia. Dejo el mirador y persigo los efluvios... Me tumbo en la cama. Tomo una borrachera de aromas y belleza. No sé si Merceditas continúa junto a mí. Quizá se fue. Quizá no. Estoy obnubilado. Me dejo llevar por la placentera modorra en la que me envuelven los jazmines. Se eclipsan mis recuerdos. Caigo en la pereza grata de no pensar. De pronto, el movimiento ligero de una silla al correrse, desvía mi ensoñación. Alerta, rescato del sopor mis cinco sentidos y descubro que Merceditas permanece en el dormitorio. No me gusta cómo se perfila este asunto. ¿Tendré que compartir con Merceditas mis intimidades? Nunca la habían acusado de persecución. Mis primos, que la

conocían mejor que nadie, hablaban [39] de sus discretas intromisiones; ponderaban su perseverante traqueteo, su manso gravitar en ese lúcido sueño... Merceditas es un fantasma inofensivo si le tienes paciencia, aseguraban. No me quiero arrepentir de haber venido. Por primera vez regreso a mi patria después de aquellos acontecimientos... De aquel revés político que me sacó de Asunción. Si no fuera por la conferencia que debo pronunciar esta noche, yo diría que llegué hasta aquí sugestionado por los comentarios de mis primos. Tanto nombraban a Merceditas y su infatigable trajín, que me entraron ganas de participar de aquel prodigio. Aunque confieso que los motivos fueron dos. Yo le escribí a la abuela anunciando mi visita y a los colegas aceptando la invitación. ¡Cuánto tiempo estuve afuera! Lejos de mi tierra colorada, de los raudales con remolinos entre las vías. Corren los años y las aguas... La abuela se está esfumando... Hace un momento, cuando llegué, la confundí con Merceditas. Pero al escuchar su voz, comprobé mi error y la estreché en mis brazos. Era tan ligero su cuerpo que temí desbaratarlo entre mis dedos. Afortunadamente, eso no sucedió. Enterita de pies a cabeza, mi abuela estaba allí. Y yo estoy aquí, divagando... Debo trabajar en mi disertación y suspender cualquier otra cosa. Me siento al escritorio, me calzo los lentes, empiezo a trazar palabras y en eso, oigo el roce de unas pisadas que se van perdiendo detrás de la puerta. Parece que Merceditas resolvió irse. Bueno, es mi ocasión de elegir los vocablos adecuados y [40] darle forma concreta al discurso. Tengo que definir muy bien el mensaje que transmitiré por su intermedio. Hay hechos que no son fáciles de tratar. Mi exilio es un episodio controvertido y yo no pretendo polemizar de primera intención. Es indispensable una charla calmada para inspirar confianza... ¿Qué diría Merceditas puesta en mi lugar? ¿Qué actitud asumió en aquellos días de la Independencia? Sé que la casona fue punto de reunión en varias oportunidades y que Merceditas participaba activamente en la lucha por la libertad. Aquí se realizó el gran baile de la Victoria. El que ella misma había organizado en homenaje a los Próceres de Mayo. Se cuenta que uno de aquellos hombres valerosos amó a Merceditas. ¿Quién sería? Mi primo Rodolfo investigó a fondo las raíces de esta familia y llegó hasta ese dato, aunque no obtuvo el nombre del pretendiente. Tampoco averiguó el final de las románticas relaciones. ¿Habrían culminado en matrimonio? ¿Tal vez en algo trágico? ¡Basta! ¡Eso no me importa! ¿Por qué insisto en rastrear su huella? Merceditas es cautivante, opinaban mis primos. Se oyen sus pasos nada más, sin embargo, su alma seductora nos conmueve, nos atrapa..., afirmaba Rodolfo con entusiasmo. Ahora me toca a mí sentir el influjo... ¿Qué rostro habría tenido María de las Mercedes en su juventud? ¿Qué figura? ¡Yo la quiero conocer de verdad! No me conforma su espíritu solamente. Voy a... ¡Basta por favor! Voy a escribir el discurso. Son más de las ocho de la noche. Se me hizo tarde. Tendré que [41] hablar improvisando. Menos mal que durante el viaje pude reflexionar sobre el tema. Me daré una ducha y saldré volando al encuentro de los amigos. Ya estoy listo. Llamo a mi abuela para despedirme. ¿Dónde estará metida? La busco en estos aposentos que asustan un poco; son muy oscuros, muy grandes. Y los roperos asemejan mausoleos herméticos y fríos. Es como si aquí se hubiese disecado el tiempo. Se respira un aire estático, rancio, deprimente. Me angustia la ausencia de mi abuela. ¿Habrà terminado de esfumarse? Siento que la he perdido, pero tengo a Merceditas pegada a mi costado. Juraría que se le escapó un suspiro si no supiese que eso es imposible. ¿Decidió Merceditas escoltarme hasta la reunión? Ensimismado en mi absurda sospecha, avanzo... Un brusco resplandor me cambia los pensamientos. ¿Por qué lucen tan brillantes los salones? ¡Esto parece una fiesta! Las doce velas encendidas en cada una de las siete arañas, pestañean al soplo del viento errabundo. Todas las ventanas están abiertas y también la puerta de calle. Oigo las notas de una melodía. ¿De dónde proviene?

¿Desde dónde? ¿Desde cuándo? Mis primos solían referirse a una canción que sonaba en la distancia... Mas ninguno mencionó una fiesta. Un baile de postín como el que se está desarrollando delante de mis ojos. Merceditas se mueve marcando el ritmo. Se me aproxima... Trae puesto un vestido largo de muselina con cintas y encajes de Europa. Es morena. Es hermosa. Me resisto a creer lo que estoy viendo y ofuscado, salgo al [42] corredor. Los faroles del frente proyectan su luz hexagonal y vacilante sobre los pisos de ladrillo. Hay madre selvas florecidas junto al cerco de tacuaras. No están las vías ni las veredas. Tampoco el tendido eléctrico. El cielo luce muy claro con su luna inmensa. Los caballos dormitan en calma bajo el rocío. Esperan a sus amos sujetos al palenque. El milenario samuhú de la Colonia se ensancha sobre el camino de tierra. Por ese camino colorado nunca llegaré a la cita con mis amigos. Regreso al salón. La danza continúa. Me inclino ante María de las Mercedes y la saco a bailar. [43]

Cuento en blanco

A

Durban, Sudáfrica.

Un remolino de aire frío se levantó en la costa del mar. El viento batía las olas con toda su furia. Mis pensamientos giraban y el agua también. Se había desatado la tormenta en medio de la tarde con sol. Tuve que cerrar mi sombrilla de playa y el cuaderno donde estaba escribiendo el cuento. Prendí la falda floreada en mi cintura de quimeras, abandoné el castillo y empecé a correr... Los negros me habían precedido y ninguno quedó para escoltarme. El miedo me iba ganando poco a poco... Detuve la marcha con miras a escrutar mi entorno. En ese mismo instante, una sombra se descolgó sobre mi paso inmóvil. Subí los ojos y la encontré. Era una gaviota de pico enrojecido y alas fijas en el espacio acuoso. Ella me vio desde su cielo quieto y no tardó en derramar mi sangre a través de sus llagas. No pude interpretar el símbolo. El fenómeno cegó mis signos y los condujo en espiral rumbo al centro del torbellino. Y empezó a gestarse la brecha... La herida se ensanchaba hasta el horizonte. Todo era rojo y melancólico. En la toldería, los negros cantaban con tristeza [44] gutural. El sol enterró sus rayos de agonía bajo las huellas que dejé en la costa. Me cubrí el rostro con las manos para que no lloviese en mis ojos el mar que lloraba el viento. Y en tanto, las conchillas rodaban como botones de nácar afilados, lastimando mi carne en cada vuelta. Me agité de pies a cabeza y se desprendió mi piel de greda en átomos dispersos al aire. No me atreví a seguir andando por temor a disgregarme sobre los cuerpos tendidos en la arena. Sin cuidado del ventarrón, los bañistas permanecían inmutables. La flema de aquella gente escupía en mi redor sus babas de caracol. Me aferré al deseo de rendir su apatía y abrí el cuaderno de las letras perdidas. Entonces, asenté mis plantas con angustia y les rogué atención. Nadie cambió conmigo frase alguna. No les importó el sentido de mis páginas en blanco. Ni el cántico funesto de los negros conseguía perforar la costra de su indiferencia. A pesar de todo, yo les narré mi cuento verbalmente. Sin embargo, a ninguno intrigó la historia de cuando el ave sombría se desangró en las flores de mi vestido. Ni mostraron interés en el derrumbe ineludible de mi castillo de sueños. Tampoco callaron para escuchar mi relato. Ni había rostros curiosos que se ocupasen del cuento. Y menos aún, el rugido de un tigre en la cercanía les quebró la indolencia. De modo, que proclamé

mi tiempo de venganza y resolví que el final de ese cuento tendría que huir conmigo. Convertí en palabras amenazantes mi [45] última decisión. Nada hicieron para evitar que yo marchara sin descubrirles el desenlace. Sentí que el desprecio me sumía en mi agujero de silencios. Avergonzada, regresé a la orilla. Quería recoger mis símbolos y recuperar mi huella. Pero en el sitio donde erigí el alcázar, las plumas flotaban sobre el mar. El viento había cesado. Grité mi desesperación con la voz entorpecida por el idioma diferente. [46] [47]

## El milagro de azúcar

A

### Villarrica del Espíritu Santo.

Felicia regresaba del velorio de doña Genoveva, la vieja más vieja y más sabia del pueblo. Caminaba de prisa y en el apuro, tropezó de frente con el yuyal. Lo esquivó dando un rodeo. Inquieta, volvía a su rancho. La ansiedad sacudía mariposas en su pecho, le anunciaba algo distinto. Algo lindo, quizá, porque aquello se parecía mucho a un presentimiento feliz. Y se acordó de Laurita, la niña de los Fernández. Le gustó evocarla a través del tiempo. Laurita era anécdota de juventud. La mejor de todas en su vida de escasos episodios. Se estremeció más aún con el recuerdo de Laurita. ¡No podía dominar el imperioso aleteo! Y este era momento de lágrimas. Por eso, le remordía su dicha. Pese a que había sufrido y llorado desconsoladamente la muerte de doña Genoveva. Y los demás vecinos, ni qué hablar: ¡desbordaron en llanto! El pueblo de San Gervacio en pleno acudió a despedir a la difunta. A nadie pasó por alto el fatal acontecimiento. De puro andar ofreciendo arreglos con el destino, Genoveva se había ganado el aprecio de todos y a todos afligía su partida. No [48] obstante, al cabo de las condolencias, cada cual siguió su rumbo; menos Felicia. Ella se entretuvo orando al pie de la cruz. Debido al santo rosario en el ritmo lento de los misterios, por un lado, y al de su corazón veloz, por el otro, se le había hecho muy tarde. Retornaba excitada, perpleja, a causa de la rotunda eficacia de sus emociones; del notable contraste con los pesares del duelo. En eso, escuchó un murmullo ajeno a los sonidos habituales de la noche. Aguzó el oído. No eran las ranas ni los grillos. Al principio quiso huir, se asustó. Después, tomó coraje y se internó en el matorral. No tuvo que avanzar casi nada. A sólo metro y medio, descubrió el bulto. Semejaba una bolsa de azúcar común y corriente. Pero alguien gemía en su interior. Felicia ya no dudó. Se trataba de una criatura. Se arrodilló en el suelo. Con torpeza, comenzó a retirarla del envoltorio. Sintió que los dedos se le ponían melosos. Se interrumpió. Los diminutos granos de azúcar que salpicaban el cuerpecito la habían desconcertado brevemente. Al punto, prosiguió con su tarea. El cielo de verano era el único testigo. La bolsa extendida ofició de lecho. El recién nacido quedó bajo la luna, desnudo y resplandeciente. Su original cobertura lo dotaba de un halo prodigioso. Felicia lo miraba estupefacta. No tenía costumbre de recibir sorpresas. Su vida era simple, monótona. Sus pasos, repetidos. Iba siempre del catre al fogón y a los quehaceres de la chacra. Rara vez acompañaba con el mate a Genoveva. Y cierto, los días de Felicia se habían desgranado [49] últimamente con la misma rutina: cada jornada idéntica a la anterior. Por eso le costó salir del asombro. Sin embargo, se recuperó. ¡Es una dulzura, es un ángel!, exclamó y se ocupó del sexo: era una niña. Por esos enlaces

ocurrentes del pensamiento, se alejó en un santiamén hasta la época remota y alegre de su pasado junto a Laurita. Enseguida, volvió para estrenar su presente igual de jubiloso. Y se adueñó de la nena. Y le puso de nombre Dulce María. Y aceptó el milagro. Al pueblo escondido entre las serranías del Ybytyruzú, había bajado una niña para Felicia. Seguro que se la destinaron a ella. No existía en los contornos rancho más próximo que el de la finada. Se la enviaron del cielo. Sí, mediante las gestiones de Genoveva en las alturas. La beba era el fruto de esa inquietud extraña. Se apaciguó. Respiró plácidamente. Una certidumbre absoluta la tranquilizaba: ella no supo de nacimientos en los alrededores y a ningún forastero vio en las últimas horas merodeando el lugar. Y claro, pese a la corta distancia entre San Gervacio y Villarrica, la gente de afuera apenas llegaba al pueblo. Tampoco llegaba el moderno desarrollo de la ciudad. El tiempo se había atascado junto a los recovecos que hacían los cerros y los arroyitos serpentinales. De la cordillera descendía una brisa pura, celestial. ¿Acaso no es el sitio perfecto para un milagro?, preguntó Felicia, en tanto que rezaba un avemaría con devoción y reconocimiento. Desde luego, como ella no había tenido hijos, hoy era suya esta niña por obra y gracia de la difunta. [50] Que el Señor la guarde en su Santa Gloria, invocó y de golpe, atravesando profundas barreras, sintió la presencia de Genoveva en su olor inolvidable. El aire se impregnó de una mezcla sutil de aromas: las velas humeando frente al nicho, la leña crepitando en el brasero, la yerba remojándose de a poco... Felicia suspiró y en remolinos fragantes, avistó dos siluetas parlanchinas y el mate amargo en las mañanitas. Aquellas mañanitas en casa de Genoveva; esporádicas, aunque repletas de confidencias. De ese modo, percibió la vieja sabia su intenso deseo de ser madre. E intuyó su herida por la ausencia antigua de Laurita. Y bueno, ahí estaba la respuesta. Al fin terminaría la soledad de Felicia. Cargando a la niña rubia se metió en su rancho. Dulce María ya no lloraba. Ella la mecía con ternura en el hueco de sus brazos. Le daba pequeños besos que sabían a caramelo. Sus mejillas tachonadas de azúcar brillaban provocativas. Felicia pensó simultáneamente dos cosas: que no le podía haber puesto nombre más apropiado y que le faltaba de todo para la crianza de la niña. De inmediato le buscaría comida. Sí, de cualquier forma le daría la leche. Acostó a Dulce María en su cama. Por el ventanuco se filtraba el amanecer. Salió al patio. Era justo la hora del ordeño. La vaca, mansamente, se entregó, mientras las gallinas cacareaban en torno. Resultaba minúsculo el pedazo de tierra colorada que con buena voluntad, Felicia llamaba patio. A los apretones cabían la vaca, unas cuantas gallinas ponedoras, la parra, el pozo y detrás de la [51] cerca, una abigarrada huerta de dos por dos. Tal, el mundo de Felicia. Ahora, se había sumado a sus efectos el más grande de los tesoros: la niña de azúcar. Y grande también sería el hambre de la nena, porque sus gritos rebasaban la única pieza del rancho. Felicia se irritaba con la pachorra de la vaca y el apremio de Dulce María. Afanosa, estiró de las ubres sin su habitual delicadeza. No tardó en regresar a la habitación para complacer a «SU HIJA». ¡Qué agradable resonancia tenían esas dos palabras! Felicia se detuvo embelesada y las pronunció en voz alta. Se había demorado con el silabeo despacioso. El llanto recrudeció. Entonces, llenó de leche tibia el tazón de las flores amarillas y corrió a calmar a Dulce María. Tendré que conseguir una mamadera, chupete, pañales..., calculaba Felicia, al mismo tiempo que la cucharita iba y venía sin parar de la boca al pocillo. Ese modo de alimentarla parecía difícil, aunque de provecho, ya que la pequeña se esmeraba en tragar y luego de insistir un rato largo, se mostró satisfecha. Bostezó con leve jadeo y una sonrisa de soslayo. Y se durmió. Felicia la miraba embobada y se acordaba... Se acordaba de cuando trabajó de niñera en la casona de Villarrica, al servicio de los Fernández. ¡Gente de plata los Fernández! ¡Y una de las familias más

copetudas del Guairá!, ponderó Felicia. Allí, casi veinte años atrás, le confiaron el cuidado de Laurita, una criatura rubia y linda como Dulce María. Se la pusieron a su cargo desde que nació. Ella se encariñó exageradamente con la niña que [52] no era su hija. Gozaba, pero también sufría, porque se la daban y se la quitaban según el capricho de los patrones. Felicia temía perderla para siempre. Y quizá por eso, empezó a soñar con una hija propia. Ahora se le había presentado la oportunidad. Al fin le tocaría ser mamá. Convencida de que el milagro era cuestión de Genoveva, admiró sinceramente sus dotes de santidad. Su fe inquebrantable ni siquiera le permitía dudar. Por más que se lo explicaran, ella no entendería lo contrario. Con su simpleza de campesina, Felicia se puso testaruda: la niña de azúcar es mía y los milagros no se discuten, decidió. Resuelta a quedársela, buscó en el baúl un rebozo limpio, arrojó a su niña y la acomodó en medio de un par de almohadones que le hacían de trinchera. Luego, sacó varios billetes de entre la estopa del colchón y apresurada, dejó el rancho. Iba de compras al almacén del centro. Dulce María necesitaba un ajuar. Había bajado del cielo en una bolsa de azúcar. Sin equipaje. Pero en adelante, Felicia se ocuparía de que nada le faltase; por lejos que la tienda quedara, ella se las ingeniaría para llegar lo más rápido posible. Se internó entre los cerros, eligió un atajo. Por el sendero escabroso, traqueteaba y se remontaba al ayer... A hurtadillas miraba su pasado... Se destacaba en su mente la casona señorial de diez ventanas sobre la calle, las rejas, las celosías, la altura infinita de los aposentos, el silencio cómplice de las alfombras y en el punto clave de su memoria, la alcoba de color de rosa oliendo a talco infantil. ¡Jamás [53] olvidaría a la niña de los Fernández! Antes del nacimiento de Laurita, ella se había instalado en la casona de Villarrica. Firme, esperaba su arribo junto a la cuna de tules y sábanas bordadas. La emplearon por recomendación de un tío suyo. El tío Remigio era el único pariente que hasta el día de hoy la visitaba en su rancho de tanto en tanto. En efecto, anoche había venido a saludarla. Se cruzaron camino al velorio de doña Genoveva. ¡Hombre de confianza el tío Remigio! En épocas de la zafra, organizaba y contratava los cosecheros para la azucarera más importante de la zona. Los cañaverales, los trapiches, la refinería, la fábrica, pertenecían íntegramente a los Fernández. Sí, los padres de Laurita eran sus dueños. Muy laborioso el señor Fernández, muy ocupado. Y la señora, dama de alcurnia, desarrollaba a su vez intensa actividad benéfica. De manera que la hija creció prendida a las faldas de su niñera. Con desvelo, con amor, Felicia se encargó de Laura, hasta que una tarde las separaron irremediamente. Fueron siete años de constante apoyo y cariño mutuo. El día que a Laurita se la llevaron para internarla de pupila en un colegio asunceno, ambas lloraron abrazadas. Y no fue fácil romper ese abrazo. Por fuerza subieron a la niña al automóvil negro. Laura partió con lágrimas en los ojos. Nunca más volvieron a verse. Esa misma noche, los patrones despidieron a Felicia con una excelente propina y muchas gracias por los servicios prestados. Ella marchó a su pueblo y allí permaneció, humilde, sumisa, dispuesta... [54] ¿De verdad estaría escrito en las páginas de su destino que ella recibiría ese extraordinario regalo? La anciana Genoveva hablaba del destino, profetizaba... Con la sabiduría de un libro antiguo, desgranaba oráculos, hacía promesas... Y Felicia esperaba... Lastimosamente, tuvo que morir Genoveva para que a ella se le cumpliera el destino de ser madre. Levantó al cielo su mirada, bendijo el milagro y dobló el último recodo. Felicia llegó al almacén. Sin reparo entregó sus ahorros a cambio de lo necesario para equipar a Dulce María. Ya de regreso, imaginaba con emoción la que sería su nueva vida. Se acercaba rebotante de proyectos. Sus ilusiones aumentaban a medida que disminuían las distancias. Felicia deliraba de placer. Pero una sospecha imprevista la trajo bruscamente a la realidad: la puerta de su rancho estaba abierta y ella la había cerrado al

salir. Sobresaltada, se metió en la pieza. Descubrió su cama vacía. ¡El milagro de azúcar había desaparecido! Entre los dos almohadones, solamente vio una hoja de papel. La tomó. La leyó. Decía: Quiero criar a mi hija pese a que estoy soltera. Firmaba: Laura Fernández. [55]

¿Te acordás Facundo?

Ahora que se fueron los que vinieron a darte el adiós. Ahora que solamente quedamos vos y yo, me vas a explicar por qué tomaste esa decisión. No me iré de tu lado hasta que amanezca. Hasta esclarecer la verdadera razón de tu viaje. De tu inexplicable partida. Contame hermano qué te obligó al absurdo. Por qué esta fuga sorprendente. ¡Hablame por favor! Estoy sufriendo. Pero no debo llorar en tu presencia. Los llorones te sacaban de quicio. ¡Es propio de tontos!, exclamabas, con ese orgullo malsano que te fue atrapando sin escape. ¿Te acordás de cuando nació tu hijo? Ahí sí que lloramos abrazados los dos. Fue un baño de pureza. Eso es beneficioso, Facundo. Parece que las lágrimas te dejan limpio y suave, con la grata sensación de estar recién salido de la bañera. De niños nos bañábamos juntos. Mientras el jabón nos fregaba el cuerpo, la inocencia nos limpiaba el alma. Yo desearía volver a ese pasado perfecto y rescatar la fuerza de nuestra unión. En este momento nada comprendo. Me ciega la desgracia. ¡Qué bueno sería que el calendario retrocediera sus [56] días! Y por obra y mérito del prodigio, nos convirtiésemos, nuevamente, en dos chicos. Sí, dos, porque nosotros nunca existimos de a uno. ¿Te acordás! Siempre nos hablaban en plural. ¿Y cómo compañero? ¿Cómo hago para continuar sin vos? Me tenías que haber avisado. ¡Me hubiese ido contigo! Si no había más remedio para tu problema, te juro que me iba contigo. Ésa era la consigna. Desde antes, desde que tengo memoria. ¿Te acordás de cuando empezamos el colegio? Ya de entrada nos sentamos al pupitre en un par de sillitas anexas. La maestra intentó separarnos. ¡Imposible! Éramos gemelos y todo lo compartíamos. Teníamos una caja en común de veinticuatro lápices de colores: doce eran tuyos y doce eran míos. Y un libro de lectura, con forro de papel madera y el nombre de ambos en el rótulo. Y una pelota de cuero muy grande para nuestras manos pequeñas. Y fuimos creciendo... Ganábamos tiempo y estatura pedaleando a la par una bicicleta doble de color azul, con timbre y faro a dínamo. Y galopábamos al viento en un mismo caballo: «Relámpago». Y ensayábamos el amor con una misma novia: María Elena. Ella, ¡ni lo sospechaba! Lo disimulábamos bastante bien. ¿Te acordás, hermano? ¡Dialoguemos! No te quedes callado. Vamos a conversar de nuestras cosas. Tengo cosas que charlar contigo. Hay un excelente negocio de por medio... ¿Me estás escuchando? Contestame Facundo, date prisa. Pronto va a llegar la hora y te vendrán a buscar. ¡No te marches! ¿Te quedarás conmigo [57] al final de este juego? Porque es un juego, ¿verdad? No abandones la posta compañero, que sos el triunfador. ¿O no? ¿Es ésta la ceremonia de tu despedida? Te vas Facundo. ¿En qué andabas para cometer semejante locura? Vos, el sabelotodo, el experto, rompiendo nuestra alianza desatinadamente. Aunque debo reconocer que no es la primera vez que me hacés de lado, que viajás sin mí. En aquella ocasión, yo tenía enyesada una pierna, ¿te acordás? Me caí arrancando ciruelas. Era nuestra fruta predilecta y me las había comido todas oculto en el árbol. De repente, pisé una rama seca, ésta se quebró y yo también me quebré una pierna al llegar al suelo. Al otro día, en plena madrugada, partiste hacia la estancia tal cual lo



teníamos previsto. Yo me había quedado durmiendo, excluido del programa. ¿Me castigaste por glotón? ¿Te vengaste Facundo? Pagué mi error y me ganó la añoranza. Te pensaba disfrutando de «Relámpago», nadando en el arroyo, pescando mojarritas, cazando pájaros... Y te echaba de menos. Y te acompañaba con la imaginación. Mas no volverá a ser así. Esta vez ignoro adónde irás. No te podré imaginar en un lugar desconocido. ¿Es acaso un lugar? ¿Está en algún lado? Sí, los pájaros de nuestra infancia emigraron. Ninguno ha muerto. Hay un bosque latiendo al otro lado de la senda. Allí te encontraré, con las rodillas sucias, tu honda en la mano y ese porte de campeón que no se olvida... Decime Facundo, ¿es posible olvidar a un hermano? ¿Cómo hiciste para borrar de un tiro nuestros [58] años de convivencia? No rehuyas el pacto compañero. ¿Te acordás de mis dudas infantiles? Vos me dabas la respuesta, la solución, el rumbo... Yo me ocupaba de facilitar tus travesuras, de cuidarte... Afuera empieza a llover. Voy a cerrar las ventanas. No sea que te perjudique el chaparrón. Vos y yo no podíamos jugar bajo la lluvia. Todos los chicos del barrio se mojaban con gusto. Y hacían navegar barquitos de papel en los raudales. Y con los pies descalzos retozaban en los charcos. Nosotros los contemplábamos desde el ventanal de la sala, detrás de los cristales. Vos te quejabas de nuestra mala suerte y con rabia, pateabas el aire. Tu genio de vencedor no toleraba una frustración. Tu orgullo herido se estremecía de impotencia. En cambio, a mí me causaban mucha gracia las piruetas que hacían. Y te consolaba. Y me resignaba. Hoy trato de resignarme y no lo consigo. Me golpea duramente lo que está sucediendo. Mis ilusiones de trabajar contigo se cortaron de cuajo. Se acabó el negocio. Despojados de tu inteligencia no sirvo para nada. Además, la angustia por tu ausencia me va a perseguir un tiempo interminable. No creo que logre recuperarme algún día. Por piedad Facundo, quiero una palabra que me sirva para comprender nuestra separación. Toda la vida supimos congeniar. ¿Te acordás de tu primera vez en el prostíbulo? Estuvimos de acuerdo y no nos estrenamos con la misma chica. Pero después... Después te enamoraste de Leticia y te casaste con ella. Y yo... Yo me enamoré de Leticia y me quedé soltero. [59] El porqué, nadie lo supo. ¡Únicamente vos y yo! Cómo te lo prometí. Y no te fallé hermano. A puro silencio me gané tu confianza. Sí, desde entonces. No, más bien desde la niñez. ¿Te acordás de cuando vivíamos en la casa grande, cerca del colegio? ¿De ese día que volvimos corriendo y te metiste en el cuarto de las herramientas? Te seguí ligero, porque noté en tu rostro chispazos de rebeldía, de orgullo desmedido. Te encontré desafiante, con los puños cerrados y un asomo de trastorno en los ojos. Me confesaste aquella jugarreta cruel en perjuicio del profesor de gimnasia. ¡Te habías vengado por una calificación injusta! Yo te oí sin reproches. Y te guardé el secreto. Y no te defraudé; ni esa vez, ni las otras. ¡Claro!, éramos una sola persona. Lo tuyo es mío Facundo, ¿verdad? Dame la mano, hace frío. Están cayendo vientos del sur. A pesar de que cerré todas las ventanas, una ráfaga helada te sella los labios, te enmudece. Por favor compañero, ¡hablemos! No tengas frío. Decime algo que aclare la situación y el ambiente. Me estoy asfixiando en este recinto clausurado. El tufo de las flores marchitas me sofoca. Saldré un momento al patio. Fumaré un cigarrillo y regresaré. Esperame... Si dejo abierta la puerta, va a corretear el aire por dentro, se va a despejar la sala. Cesó la lluvia. Esta brisa húmeda me cubre con su bálsamo reparador. El perfume de la tierra mojada me llena de nostalgia. Recuerdo nuestros aguaceros del verano, las siestas en remojo para seguir aguantando el calor. ¡Tengo que seguir aguantando la velada! [60] Compañero, apagué el cigarro y aquí estoy de nuevo. Amanece... Pronto, los demás dejarán la cama y asomarán al salón. Queda poco tiempo. ¿Qué hora tenés? No te veo el reloj en la muñeca. Te lo sacaste para mí. ¡Podré lucir tu «Rolex» de oro! Aunque así, ¡no lo quiero! Eso me ocurrió aquella

vez que me obsequiaste tu lapicera «Parker». Yo te la usaba a escondidas, pero a las buenas, ¡no me interesaba! El sabor de lo ajeno, era el manjar que me excitaba. Cualquiera sea el convite, no me atrae si me lo ceden directamente. Enseguida lo aborrezco. Me deprimó. Lo mismo que esta noche. Necesito beber algo fuerte. Algo contra el abatimiento. Posiblemente un cafecito negro. Sí, desde la distancia me llegan los efluvios del café recién preparado. Daré un paseo para ver quién está en la cocina. Prefiero que no sea nadie de la familia. No nos conviene, Facundo. Vos y yo tenemos que conversar a solas, con urgencia. Sin perder un segundo iré a la cocina. Me serviré una tacita y vendré caminando de puntillas; a fin de que ninguno despierte todavía. Hermano ¿por qué esta resolución de partir? ¿Dónde te buscaré en adelante? Quizá vuelvas... Abriré las ventanas por las dudas. Igual que en la época de nuestra adolescencia. Nos prohibían las salidas de traspase, ¿te acordás? Cerraban la puerta de calle a las diez en punto y guardaban la llave. Eso no era obstáculo para vos. Al contrario, te incitaba a la rebelión. Y yo, acatando tu voluntad, dejaba semi-entornada una hoja de la ventana de nuestro cuarto. Aparecías [61] a la hora que se te antojaba. No te escuchaba llegar y sin embargo, amanecías junto a mí cada mañana. Compañero, me falta tu energía. ¿Qué puedo proyectar sin tu experiencia? No me dejes. Privado de tu apoyo, no existo. Componíamos un todo indisoluble. ¿Te acordás en el colegio? Los exámenes orales los dabas en duplicado, por el uno y el otro. Éramos dos gotas de agua -decían- y nadie nos podía distinguir. Hace unas horas, por ejemplo, los que vinieron a despedirte me llamaron Facundo y no Luis. Por favor, no sigas callado hermano. Es necesario que yo vea claro. Tendrás que dilucidar el misterio. Como solías hacerlo cuando íbamos al cine: renunciaba a mis chocolates en tu provecho, para que me explicaras las películas difíciles. Ésas que te gustaban tanto y que yo asimilaba con mucho esfuerzo. Por eso, al encenderse las luces, respiraba con alivio y me precipitaba al exterior. Retornábamos en tranvía. Nos bajábamos en el portón de nuestra casa y juntos, salvábamos de un salto los peldaños. ¿Tal vez pensaste que yo salvaría este trámite sin vos? No me animo compañero. Tendrías que haberme enseñado a no vivir pendiente de tu sombra. No resistiré el vacío que me rodea. ¡Me quema este silencio! Voy a soltar el infierno que atropella mi garganta. ¡perdoname! Lo descubriste, ¿verdad? Te juro que nadie lo sabe. Nadie lo sabe. Nadie. Nadie. ¡¡Nadieeee!! ¿Soy acaso el culpable de tu locura? Porque te volviste loco, Facundo. Para tu actitud no existe otra definición. ¡Perdoname! No quise hacerte daño. ¡Te [62] juro! Lo que pasó es que yo no tenía nada. Por eso fue. Precisamente por eso. ¡Me tortura la conciencia, hermano!, pero yo no tenía nada, nada más que eso... Y qué le iba a hacer compañero, si a vos te sobraba todo. Vos eras el dueño de todas nuestras cosas. Por eso fue. Las cosas eran nuestras. Una sola caja de lápices, una pelota, una bicicleta, un caballo... ¡Y una mujer! Así era hermano. Una sola mujer para vos y... ¡también para mí! ¿O no? ¡Claro que no! Sé que no hay excusas para mi delito. A pesar de lo turbio Facundo, vos lo podrías entender: desde la escuela vengo arrastrando mi complejo. ¿Te acordás de cuando en el primer grado te nombraron mejor alumno? Creíste que era tu deber de hermano repartir conmigo tus galardones: me quedo con el diploma y la banda de honor, la medalla es para Luis, balbuceaste emocionado y la prendiste en mi pecho. De un estirón me la arranqué y te la devolví. No fue porque despreciara tu medalla. Es más, te la envidiaba con desesperación. Sólo que me la habías entregado espontáneamente y mi maldito complejo la rechazaba. ¿Te acordás, Facundo? Así, ¡nada quiero! Y bien, Leticia era un trofeo de tu exclusiva pertenencia. Como tu lapicera «Parker», tu «Rolex», tu medalla... Yo sé que no debí fijarme en tu esposa. La tentación fue más allá de lo permitido y mi eterna manía de codiciar lo tuyo, me echó en la trampa. Sí,

compañero, a escondidas me acuesto con Leticia. ¡Ni ella lo sabe! Es el arte de disimular que aprendimos con María Elena, nuestra primera novia. [63] ¿Te acordás? Estoy seguro de que te acordás y ruego a Dios que lo entiendas. Tal cual entendías las películas difíciles y las novelas de Cortázar. Me explicaste mil veces «Rayuela» hasta que por fin dejé de confundirme. Los argumentos complicados me confundían. No lo quería reconocer. Hoy, lo acepto. Sin embargo, vos no aceptás mi traición, tu código no admite mis amores con Leticia. En la quietud de tu semblante, leo signos de ese orgullo que asusta. No me guardes rencor. Dame la mano y reanudemos la marcha. En mi mundo de dos personas seguiremos andando. Continuaremos siendo dos: Facundo y Luis. Igual que antes y después de todo. ¡Mentira! Seré yo solo. No volveré a contar contigo. No debo engañarme. Solo no soy nadie. Solo estoy perdido. ¿Quién es este hombre que me habita? ¿Lo conozco íntimamente? ¿Sabré suplantarlo? Hermano, ¿por qué lo decidiste sin consultarme? Sin por lo menos avisarme para que cambiara las sábanas de mi cama. Para que aseara mi cuarto de la pensión a la espera de tu visita. ¿Te imaginás mi sorpresa y mi ansiedad, cuando ayer entró en tu despacho el conserje del edificio? Con los ojos fuera de órbita y unos cuantos vecinos detrás, el pobre hombre soltó su informe de un tirón. Sólo ahora, que me encuentro un poco más calmado, se me revela tu jugada y te adivino el propósito. Fuiste capaz de ejecutar esta venganza macabra. Así, ¡brutalmente! ¡Con todo el furor de tu orgullo escarnecido! Claro. Me conocías lo bastante. Sabías dónde atacar mi [64] complejo; el punto exacto de mi capricho: si me lo dan, ¡no lo quiero! Y obraste en consecuencia. Yo me había apoltronado en tu silla del escritorio. Cuando no te hallaba en el despacho, era mi costumbre aprovechar tu ausencia para alimentar mis fantasías. Ocupaba tu lugar. Me sentía poderoso dictando órdenes imaginarias. Simulaba el tono autoritario de tu voz, tus ademanes de patrón. Y te esperaba... En la mañana habíamos hablado por teléfono. Me invitaste a tu oficina en el horario habitual: después de la salida de los empleados. Llegué. No estabas. Seguramente acudirá a nuestra cita, fue lo que supuse entonces y en la total ignorancia, me entretuve representando tu papel. El mismo, que con premeditación y puntual detalle me habías asignado. Y el simple transcurrir se hizo comedia. De súbito, me dieron la noticia de mi propia muerte: señor Facundo, acaba de llamar su esposa. Descubrieron a don Luis en la cama de la pensión. Con un tiro en la cabeza y una pistola en la mano. ¡Te suicidaste en mi nombre, Facundo! ¿A qué precio me cediste el paso? Salí corriendo. No entiendo cómo arribé a tu casa. Pero hice lo que tenía que hacer. Y ahora estoy aquí, ante el féretro, vestido con tus ropas, dueño de todas nuestras cosas y por supuesto, apartado de Leticia para siempre. Así, ¡no la quiero! ¿Te acordás Facundo? [65]

### El trapecio

A los tumbos irrumpió en la pista de aserrín. Ejecutó dos contorsiones medio chuecas, una voltereta al aire bastante aceptable, y con la voz desfigurada por los gorgoritos, dijo algunos disparates de payaso aprendiz. Luego, saludó con gestos aspavorosos, muecas, pantomima, risa pintada en su cara de almidón, y esperó el resultado... Nadie se rió, nadie aplaudió. El público se hallaba atento a la jaula de los leones que meticulosamente levantaban en el centro de la pista principal. Pese a su gracioso cometido, el hombre no había logrado contagiar su risa. De momento, Antonio era un bufón, un payaso novato del circo «Mundo Maravilla», el universo prodigioso de los Hermanos Galván; aunque parecía

evidente que los prodigios no se hicieron para Toño. Y sí, dando tumbos en serio él andaba por la vida. No acertaba, no progresaba, ¡no funcionaba! Estaba en vías de concretarse el hecho de que Antonio era inepto para el circo. De partida, le habían propuesto ser malabarista y con un juego de bolas girando en el espacio lo lanzaron a la escena. Centelleaban las pelotas, se le confundían, se entrechocaban, y cuando más se esmeraba, [66] más rápido iban en picada al suelo. Le vistieron de Mandrake, con bigotes a la gomina, frac de fantasía, sombrero de copa y varita mágica, pero los conejos se le empacaban en lo profundo de la galera y no descubría la forma de hacerlos aparecer. Lo subieron al caballo blanco de extravagante montura. El animal lucía perifollos en el hocico, en las polainas, en la cola... Y para completar su atuendo, se adornaba el pescuezo con un collar de cascabeles dando vueltas de retintín. Ajeno a las pompas y a los bríos del corcel, Toño se precipitó a tierra ni bien comenzó el engolado a dar su paso de corveta. Lo destinaron a entrenador de perros, a domador de tigres de Bengala, a encantador de serpientes, y tampoco sirvió. Lo iniciaron en los secretos de la dama barbuda y se espantó de los piojos en las crenchas rizadas. Lo invitaron a integrar la banda de músicos y tanto desafinaba soplando la flauta, que le provocaba dolor de oídos a la concurrencia. En vista de sus mínimas posibilidades, lo alentaron a ensayar con los enanos saltimbanquis. Antonio se dedicó a los trucos pequeños del arte liliputiense y también fracasó. Como recurso de emergencia lo consignaron a prestidigitador y en un pase de ilusión fallida, se le mezclaron los naipes con los pañuelitos multicolores. Considerando los privilegios que su rango familiar le otorgaba, no lo habían encargado de la cocina ni de la limpieza y mucho menos, del montaje de las carpas, sillas y otras prácticas de inferior categoría. En cambio, por su origen de pura cepa circense, experimentaron [67] con él en casi todos los números que el programa estelar del «Mundo Maravilla» exhibía en cartelera. Y no consiguieron sacarle partido. El «casi», respondía al último baluarte. Y claro, ¡Antonio no se acercaba al trapecio! Eludía cualquier actividad en las alturas. Los equilibristas le causaban pavor. De sólo verlos caminar en puntas de pie, suspendidos allá arriba, a él se le aflojaban las piernas, temblequeaba... Y cuando la estrella del espectáculo se empinaba para el salto mortal, con la marcha fúnebre de fondo y el trapecio volando desquiciado, Toño entraba en pánico y escapaba irremediablemente. Por cierto, aquella fobia tenía explicación: entre sus antepasados abundaron los trapecistas. Fueron hombres y mujeres con estirpe de pájaros y orgulloso designio. Durante décadas surcaron los cielos de las tres pistas. Alcanzaron con los brazos tendidos y el cuerpo ligero, la cumbre y la fama. Pero ocurrió que los padres de Antonio murieron en plena función. Tomados de ambas manos cayeron al vacío, sin red, sin esperanza... En esa noche fatal, Antonio apenas contaba ocho años y como de costumbre, miraba el espectáculo desde la platea. Nunca olvidaría la tragedia espantosa. Los Hermanos Galván se sintieron comprometidos con el niño huérfano y lo enviaron de pupilo a un colegio hasta que se completara su educación. Mientras, el circo siguió su derrotero de vagabundo; conduciendo la caravana por caminos polvorientos, por pistas de seis carriles. Sentando las carpas en pueblitos desolados, en ciudades [68] populosas. Y al cabo de dar la vuelta entera, los Hermanos Galván y su tropilla, regresaron al punto de partida. Encontraron a Toño hecho un hombre y se lo llevaron sin perder el tiempo. Emocionado, el muchacho se vio de golpe en medio de su gente. Ni bien traspuso el cerco de maderas multicolores y banderines de papel chifón, el olor a su infancia se le metió en el alma. Y aletearon los recuerdos, se desbandaron... Antonio recuperó el pasado, lo aspiró con nostalgia... Incienso, aserrín, tufo de animal montaraz, hicieron la ronda de los efluvios... Y allá, detrás de los carromatos, el aromático guiso de alcachofas borboteaba en la olla de

hierro vieja y caliente como el infierno. Y bueno, así de venturosa fue su llegada, pero los días pasaban y no se producía el feliz hallazgo de un puesto apropiado, ya no sabían qué lugar ofrecerle. Toño no había tenido éxito en ninguna de sus tentativas. Ahora, precisamente, acababa de comprobar que haciendo de payaso, apenas pudo resaltar su nariz; por el gran tamaño y su colorada redondez. Lo demás, un fiasco, igual que los anteriores. Y para colmo y peor desgracia, se había enamorado a primera vista de la novia del titiritero. Una chica lánguida cual marioneta descoyuntada. Sin nervio, sin sangre; pálida y fría. Contra el desaire de esta muñeca de trapo, arremetían las quejas dolientes del infeliz Antonio. Aunque existía un resquicio de luz entre los pesares de Toño. Sí, los Hermanos Galván habían decidido eximirlo de su estadía en el circo y de la pesada carga que, en [69] apariencia, significaba para él su prosapia de cirquero. Solamente por la memoria de sus padres caídos en el deber, le pidieron integridad y le aconsejaron realizar el esfuerzo definitivo. Si aceptaba someterse a la prueba de coraje que daba lustre y honor al «Mundo Maravilla», Antonio se convertiría, omitiendo el resultado, en un ciudadano respetable. Y después, si así lo deseaba, se marcharía para siempre. De más está recalcar que Toño no dudó un segundo en aceptar la sugerencia. Tanta era su vergüenza por los fracasos repetidos, que deseaba finiquitar el expediente con suma rapidez. A sabiendas de que no sería un asunto fácil, se preparó para el reto. Lo que fuese a suceder, tendría que cumplirse esa misma noche, en la última parte del último acto. Y se inició la ceremonia. Le vendaron los ojos con un listón orlado de lentejuelas. Lo enfundaron en una malla de blancura impecable. Le calzaron zapatillas fulgurantes. Lo izaron por una soga escalonada hasta el tablero más alto. Con su cabeza, rozaba el mástil de la carpa mayor. A ciegas, Antonio quedó arriba. Abajo, se extendían las redes dispuestas por si acaso... El trapecio se puso en movimiento. Alguien lo había impulsado con energía. Se agitaba en loco vaivén. Antonio escuchaba el silbido del columpio suelto a los vientos. La banda enlutó el repique de los tambores. Entonces, Toño comprendió dónde se hallaba y para qué. Asumió el desafío. ¡El pájaro de fuego que dormía en sus genes, había despertado! Antonio desplegó las alas y se lanzó por instinto [70] hacia el salto mortal. Dio tres vueltas de cabriola sobre sí mismo y con las piernas dobladas, se enganchó al trapecio en el momento justo. ¡En el momento crucial! La tribuna estalló en aplausos enardecidos. Los hermanos Galván respiraron con alivio. Antonio había encontrado su lugar en el circo. [71]

La doña de los gatos

A

Josefina Plá.

Ella tenía la casa llena de gatos. Por eso, uno más en nada iría a modificar la situación. Y la gatita pelirroja fue acogida con los brazos abiertos. Era cosa de rebanar los restos de carne cruda en trozos más pequeños; o de agregar un poco de agua a la leche y listo. Siempre que aumentaba la población, esos recursos salían a relucir. Los demás alimentos dependían de la caza de ratones o de algún correteo trasnochador por las callejuelas del barrio. «Así no cuesta mucho criar gatos», uno se pondría a pensar. Pero es seguro que nos estaríamos olvidando de los mimos y otros halagos que a más y mejor, aquella mujer prodigaba a sus animalitos. La devoción de esta señora por todos los felinos que la

rondaban era tema en serio: doña Serafina viejecita, rodete de algodón y flores en la bata, zalamera traqueteaba por la casa acariciando a los gatos. A veces, aparecían convidados sin previo aviso; vagabundos de otros lares y con fama de caraduras. Y desde luego, gracias a la hospitalidad de Serafina, aquellos se instalaban definitivamente. Pero con la pelirroja, distintos [72] fueron los trámites: Adriana se la trajo naufragando en un mar de lágrimas. «Saquen de aquí a este bicho asqueroso, ¡inmediatamente!», fue la sentencia de su madre al tropezar con el cajón de zapatos donde se acurrucaba la gatita colorada. La niña y sus hermanos se miraron espantados. Nunca habían visto a mamá enfurecida de ese modo. Todos los planes felices se echaron a perder: la indefensa huerfanita había sido despreciada sin consideración. ¡Adiós al sueño de criarla en casa! A este paso, no cumplirían con la promesa de cuidarla para toda la vida, como se lo juraron a la pobre minina abandonada en el baldío. Afortunadamente la cocinera andaba cerca y les contó de Serafina y su asilo de gatos: «Es la doña que escribe cosas... Vive cerca de aquí, en la otra cuadra. Por la siesta podemos ir a verla. Ella siempre está. Nunca sale, me parece...». Esperanzada con aquella noticia, Adriana respiró algo más tranquila y se sentó a la mesa. Acabando de comer, escaparían ella y la cocinera en busca de ese refugio para Micha. Sus tres hermanos menores iban a la escuela por la tarde, masticaba y pensaba Adriana. «Menos mal, porque sin tantos varones torpes, el problema quedará en buenas manos», suspiró aliviada y atragantándose con el postre, rumbeó hacia la cocina: «¡Con esta cuestión no se puede perder el tiempo!» rezongó y se puso a ayudar a Tomasa en el lavado de los platos. Pronto partieron cuchicheando y con el cajoncito de cartón en medio de las dos. El sol se desplomaba sobre las veredas y grandes goterones [73] asomaron a la cara de Tomasa. Adriana, en cambio, no sentía calor. Ella sólo tenía ganas de que a doña Serafina le cayese en gracia la gatita Micha. Aquella era su única y exclusiva preocupación: «¿Dormirá la siesta esa señora? La gente se despierta de mal humor cuando se le corta el sueño. ¿Y si ni siquiera nos recibe? Ya me veo de vuelta con Micha; sin albergue, sin un regazo calentito...». Tomasa la oyó en silencio, se encogió de hombros y siguió avanzando. Adriana caminaba llorosa, abatida por el tonto presentimiento. Instintivamente, acomodó sus pasos al ritmo presuroso de la sirvienta. Llegaron. Cruzaron el patio enmarañado de árboles. Un olor imprevisible a selva tórrida y salvaje las recibió. Más allá, a puertas abiertas, doña Serafina bajaba el cuchillo sobre la carne sanguinosa, maloliente y, a diestra y siniestra, repartía el manjar entre sus huéspedes. Después, sacudió sus manos enrojecidas y vacías. «Se acabó el convite», murmuró y pensativa, sin enterarse de que tenía espectadores, fue derecho hasta su mesa escritorio y se puso a escribir afanosamente. Algunos gatos ronroneaban a su alrededor. Otros se divertían brincando en los techos. Los demás, seстеaban orondos a la sombra de una enredadera cercana. La niña, desde el umbral, entre sollozos ensayó un tímido saludo. A más de acalorada, iba hecha una sopa de tanto llanto. Aunque en realidad no sabemos si el bochorno era por el favor que venía a pedir o por la resolana tomada en la calle. Lo cierto es que la notamos vergonzosa, [74] confundida... Cuando quiso darse cuenta, ella se encontraba rodeada de todos los pupilos de doña Serafina. Micha, contentísima, saltó de su caja y se unió a la comitiva. Resonaba en la habitación un concierto de maullidos en diversos tonos; de modo que, Adriana no podía empezar a contarle a la buena señora la triste historia de Micha. Y para colmo, a Tomasa le agarró el apurón en cuanto miró su reloj. ¡Claro!, por culpa de aquel asunto, ella había dejado una pila de cacerolas en remojo. Y como no le gustaba perder su tiempo en otra serenata, optó por echarse a dar sermones alusivos: «Ya están pasadas de moda las amarguras de la pelirroja. Ahora va a vivir muy dichosa entre tantos candidatos. Pronto

lucirá una larga familia paseando detrás suyo. Por lo tanto, aprovechemos su alegría y, ¡patitas a la calle!». Aquí Tomasa tragó el aire y prosiguió con su perorata: «A doña Serafina no le interesan los detalles y dudo que se ponga a escucharte. Lo probable es que ni nos vea... Por favor Adrianita, ya no te entretengas y vámonos de una vez por todas. De cualquier forma tendrás que resignarte al adiós de Micha. Bueno, ¡a despedirnos que aquí estamos sobrando!». Pero Adriana no movió un pelo en señal de retroceso. Ella no se daba por enterada de la urgencia de la cocinera y tampoco, del giro pesimista que fue tomando su discurso. Imprevistamente había dejado de llorar. Clavada en su sitio, esperaba -en vilo- el momento propicio para discutir con Serafina los pormenores de la adopción y dejar sentado oficialmente [75] el albergue de Micha. A todo esto, los minutos pasaban de largo y los gatos maullaban sin piedad. En consecuencia, tal cual lo anunciara Tomasa, ni fu ni fa le hacían a Serafina aquellas dos patitiesas: la cocinera tuvo que decidirse a postergar su prisa y a cerrar la boca ante la terquedad de Adriana y entonces, ambas quedaron de plantón por los siglos de los siglos. «¡Qué paciencia de Cristo!», uno se pondría a pensar... Y la verdad es que con el escándalo del gaterío y demás embrollos propios de la situación, también escapó a nosotros la cuenta del tiempo transcurrido. Pero al fin, la enfrascada señora abandonó parsimoniosamente su escritura y con pasitos cortos y sonoros traqueteó hacia las visitantes: doña Serafina viejecita, ojillos de luciérnaga y sonrisa entre las arrugas, se detuvo a medio andar. Levantó a la colorada y le hizo un arrumaco. Después, sin más ni más, dio la espalda a sus dos visitas que no servían ni para perder la paciencia y con Micha en brazos, se metió en el cuarto lleno de gatos y de papeles. [76] [77]

El vuelo y la pluma

A Guy

de Maupassant.

El cortejo partió. Algunos rezagados cuchicheaban todavía en los salones de la funeraria: fue por eso. Por eso buscó la muerte, murmuraban por lo bajo, como si se tratase de un secreto. Y no era un secreto. Yo lo sabía. Lo sabíamos todos. Los presentes y los ausentes. Ya cuando intentó el suicidio, año y medio atrás, nadie quedó sin enterarse del porqué Guido se clavó en la garganta el cortapapeles. El mismo que había usado para acceder a las apasionadas cartas de Eloísa, la mujer que irrumpió en su vida con leves pasitos de danzarina y una trampa muy bien disimulada. ¡No hay perdón para ti, Eloísa! Tu llanto brota ahora que todo acabó. Pudiste evitarlo y optaste por el silencio. Entonces, Guido tuvo que apostar a la muerte. Se jugó a matar y no murió. Quedó desmemoriado en la cama de un hospital. Su piel que había sido tensa sobre las carnes rotundas de su cuerpo, se fue chupando de a poco, hasta detenerse en los puros huesos. Nunca más sus manos escuálidas utilizaron la pluma. Guido se había puesto a vegetar durante ese largo tiempo que le ocupó el trayecto [78] hacia el fin. Un trayecto de sombras, de vergüenza. Y pensar que cuarenta años atrás, Guido había nacido burgués. Un burguesito criado en pañales de seda y tradiciones impuestas. En plena adolescencia, llegó a probar la austera disciplina de un seminario. Pretendían hacerlo cura, pero Guido no se avino a los sacros preceptos y lo expulsaron. Aquella mala experiencia celestial acabó por avivar su chispa terrena. Entonces, Guido escogió como carrera el mundo y su alegre constelación de mujeres

fáciles. En esos días soplaban vientos de gloria en derredor... Eloísa giraba en otro espacio. La diversión parecía saludable. Las prostitutas de los barrios marginales parpadeaban como avisos luminosos a la vera de todos sus embates. E irremisiblemente, inflamaron sus deseos. Y se largó tras ellas. Y se propuso enloquecer de pasión a cuanta mujerzuela cortejara. Y lo consiguió sin mayores esfuerzos. Resultó ser el amante mimado de todas y cada una. Aunque no sólo las féminas habitaron el universo de Guido. También fue soldado enérgico cuando le tocó enrolarse. Y a su turno, joven escritor de mente fértil y aguda mirada. Yo he visto florecer en la misma vara su imaginación exuberante y sus dotes de galán. De modo que a pesar de las aventuras voluptuosas, fue narrador prolífico, servidor a la patria, deportista empecinado y otras actividades de igual provecho. Guido conjugaba maravillosamente su tiempo para darse el gusto. Y todo le salió a pedir de boca mientras Eloísa no se hubo inscripto en el [79] registro de sus conquistas. Después de Eloísa, vino el suicidio frustrado. Luego, la agonía interminable... Y ahora, al cabo de tanta desventura, finalmente se pudo concretar el desenlace. Los recuerdos se enredaban entre mis lágrimas. Hace apenas un momento, ante el féretro abierto, lloré desconsoladamente. Habían acudido a mi memoria las tertulias en el café. Yo lo acompañaba en sus noches del espíritu. En esas veladas repletas de fantasía, de vino, de poemaS... Evoqué a Guido a través de la húmeda cortina que nublaba mis ojos. Su rostro escuálido en el catafalco me afligió, me dolió intensamente. Esa horrible cicatriz en su cuello descamado y el ritmo pertinaz de las oraciones formaron nudo en mi garganta. Y sí, la voz de Eloísa había desgranado con insistencia los misterios del rosario. ¡Ah!, Eloísa, si Guido pudiera verte en ese plan de remordimientos que nunca te conocimos. ¿Quién te conoció realmente? Guido conoció a Eloísa en la plaza de las palomas. En la plaza de la fuente de piedra y los niños de la ronda redonda. Guido estaba reclinado en el banco umbroso y escribía en su libreta de tapas azules. Y pasó Eloísa meneando las caderas bajo su falda de seda al cuerpo y ese toque sugestivo en su andar de bailarina. Guido no pudo contenerse y le obsequió un piropo. Eloísa sonrió prometedora. Decidida se sentó a su lado. Al parecer, allí todo empezó; aunque mejor dicho, ése fue el fin, el camino hacia el fin. Guido se enamoró inmediatamente. Por primera vez, puso a los pies de una coqueta su fervor y su [80] depurada sensibilidad. Se entregó desprotegido, sumiso. Las madrugadas y el alba los vieron transitar en abrazo alocado de taberna en taberna. Alegres los dos, con la risa al viento. Guido, el pícaro amador, el de las mil y una juergas, estaba vencido. Eloísa lo llevará del cuello como a un perrito faldero, decíamos con acento cariñoso. Aquella era una profecía disfrazada. Por eso ninguno la supo interpretar. Desde luego, aún no despuntaban sus aristas las dificultades que irían a surgir tras estos amores. Y aceptamos la claudicación que parecía acertada: Eloísa era pálida. Con palidez de lirio delicado y fragante. Guido era robusto, de saludables colores y aires de triunfador. Componían una linda pareja, y los amigos no alcanzamos a vislumbrar lo que se estaba gestando... Eloísa viajaba. Era bailarina y su arte se lo exigía. A veces, ella dejaba escapar el tiempo en otras latitudes. Y quizá también, en otros brazos. En ese lapso, Guido solía buscarme. Y retornaban los viejos días de aquella inefable comunicación. De igual modo, él la extrañaba, sufría. Ansioso, aguardaba sus cartas espaciadas y breves. A Guido le atormentaban los viajes de Eloísa, pero éstas eran épocas buenas para el talento. Y Guido escribía con afán en medio de su tristeza inspiradora. Y más que nunca se destacaba en su prosa la ironía y aquel tinte melancólico que le daba brillo en paradoja. Con el regreso de Eloísa recuperaba la paz y alguna normalidad. Pero de improviso, todo empezó a declinar. Los entusiasmos deportivos quedaron atrás: su barca [81] y sus remos se aquietaron junto al río. Su pluma perdió vuelo,



decaió. Sus amores con Eloísa lo absorbían, se tragaban su fuerza. Los amigos nos pusimos en guardia. Algo no andaba bien y tratamos de ayudarlo. Todo fue inútil. Se había dado arranque a la máquina devastadora. Para Guido empezaba la cuenta regresiva. Sólo era cuestión de ir quemando etapas precipitadamente. Ya no existía manera de esquivar al destino. Eloísa, liviana y frágil, lo subyugaba con su voz engañosa, con su abrazo de serpiente. Guido se dejaba llevar... Y en cada vuelta, se aflojaban las cuerdas que lo amarraban a este mundo. No llores más, Eloísa. ¡No hay perdón para ti! Desde el principio escondiste tu verdad. Callaste, y le negaste a Guido su derecho a defenderse. Y se presentaron los síntomas: entre claros y oscuros, como en sus mejores cuentos, él transitaba su ceguera, sus fantasmas. Tu siembra crecía, Eloísa. La enfermedad progresaba... Guido supo que lo habías contagiado, que lo habías metido en tu misma trampa, en tu propia muerte. Quiso ganarte de mano. Se clavó el cortapapeles. Ya conoces el final. [82] [83]

Aventuras de un monaguillo descarriado

La música es una revelación más alta

que la ciencia y la filosofía.

Ludwig van Beethoven.

¡Zape gato atrevido! Después arreglaremos la cuenta. No te apures que el desquite llegará. Por de pronto, los antiguos monaguillos de la gesta del Ángel somos los agasajados de esta reunión familiar. En breve apagaremos las velas que nos tocan por igual. ¿Qué importa el tiempo transcurrido si eternamente sigo en los diez años? En cambio, a mis hermanos la edad madura los lleva de la oreja... Aunque de momento ellos disfrutaban con el cumpleaños. Hoy estamos de fiesta los septillizos de índole heroica, los niños que fuimos ayudantes del padre Piero cinco décadas atrás. Todos se divierten a su modo, desde luego. Y al mío, nada más que yo. Pero eso nadie lo sabe. ¿A quién le puede interesar un fantasma divertido en la noche feliz de su cumpleaños? Noche de luna llena, hecha a la medida de mis deseos... ¡Huy!, mi espíritu se estremece y los tañidos sucesivos rebotan en el comedor. Es un toque de alarma inusual: el reloj descompuesto del abuelo difunto se ha largado a repiquetear en el desván. Los comensales bajan sus copas, quedan en suspenso y mientras cuentan [84] hasta doce, subo al cuartucho de las alturas para aclarar el misterio. Mediante una escalera de caracol alcanzo la puerta. La encuentro clausurada con tranca de hierro. Cruzo los tablones sin violar el cerrojo y me confundo con las reliquias. Huellas en el polvo indican que alguien estuvo allí más temprano. Se acercó al reloj, lo vio tumbado y se apiadó de sus horas muertas. Le ajustó las manecillas, le enrolló las cuerdas, lo puso de pie. Es la primera vez que lo veo erguido. Doy una sola vuelta a su alrededor. No insisto porque me ahuyenta el tictac desapacible. Es ronco, desafinado. Me parece que el reloj del abuelo Gaspar protesta porque lo pusieron a funcionar. Estaba mudo, descansando, y de improviso, lo han venido a insertar en la vorágine cotidiana. ¡Juro que no fui yo! Tiene que haber sido mi hermana Lucía. Es cosa de ella. Estoy seguro. Únicamente Lucy recuerda el altillo. Sólo ella se ocupa de las tareas fastidiosas: mata cucarachas, compone relojes y al amanecer, puntualmente, controla el avance ineludible del Mercado Cuatro. Ese gigante que nos está devorando a dentelladas, sin pausa. Con absoluta convicción actúa... Vamos al buche irremediamente. El tiempo no se detiene, escapa desaforado. Y sí, las campanadas del

reloj cumplieron su cometido: anunciarles a mis hermanos que los años se fugan entre las grietas del muro. Anunciarles a ellos. No a mí. Entonces, apesadumbrados, rompen el suspenso, tragan el último sorbo de cerveza y soplan con prisa las velas encendidas en la torta de merengue [85] italiano, dulce de leche, crema batida y demás golosinas que enloquecen a los barrigones (yo no soy barrigón). Luego, se ponen a cantar con la voz gangosa a causa de alguna lágrima desatinada en la nariz. Todo fue por culpa del reloj: el repique sorpresivo les había aguado la fiesta. Ahora, en torno a la mesa, se apretujan y ríen nerviosos. Con disimulo se miran unos a otros las arrugas, se enumeran los pocos pelos, se miden las barrigas. Salvo Lucía. A ella eso no la inquieta. Mi única hermana mujer es diferente, majestuosa, dueña de una dignidad fuera de lo común. De ahí que su mayor atractivo son las trenzas rubias que le dan dos vueltas a su cabeza de reina. Eso sí, los ojos intensamente azules, a todos se les despintaron por igual. Hoy tienen la mirada desvaída, pero de lince. Los seis. Yo, el séptimo, no cuento. Entre comparaciones secretas y discretas la farra queda atrás, termina el feliz cumpleaños y apresurados, lo zarandean al tío Roque, el pobre caduco que en su silla de ruedas dormita con la boca abierta y los pañales repletos de orín. Lo arrastran hasta su lecho de bronce y allí lo dejan tendido. Luego, se ponen a guardar lo que está afuera, a cerrar lo que está abierto, a comer lo que no entra en la heladera. A continuación, con la panza llena y la mente vacía, van a la cama sin chistar. ¡Habíamos tenido un día agotador! Los siete monaguillos de la gesta del Ángel aportamos lo nuestro. Mis hermanos, unidos por su lado. De mi parte, hice lo necesario para integrarme. Sólo que entre nosotros hay ondas [86] ocultas que me mueven en otra dimensión. Lógicamente, ellos se acostaron y yo no. Hasta el gato pendenciero, cazador de lauchas de pacotilla, se adormeció en el sillón del abuelo sin que ninguno lo advirtiera. Sí, Fidelio, el gato atrevido, de pelambre atigrada, amarillenta, se acomodó a sus anchas en el trono que antes había sido del abuelo Gaspar. En cambio, Zarpo, el otro, el gato negro de mi niñez (mi fiel compañero de infortunio), mientras le duró la vida, nunca se acercó al sillón. Al famoso sillón que dominaba la sala y altanero, se erguía frente a la ventana que daba al jardín (de miras al columpio de asientos encontrados y a las margaritas indecisas: que sí, que no, que me quiere mucho, poquito, nada...). Ese mismo jardín que hoy, al filo de la corrupción, lo han tenido que guardar detrás de las tapias, con el propósito de evadir el mercado que pasa por delante. De espantar la hediondez, las moscas, los rateros que proliferan en esta zona conflictiva, en este submundo asunceno de fin de siglo. El barrio residencial que había sido cuna de artistas, de militares, de empresarios, de doctores, de señoras copetudas, de un candidato a presidente de la nación y por supuesto, de mi abuelo Gaspar (eximio violinista de entrecasa), se convirtió por obra y gracia del Mercado Cuatro, en un gran conventillo, en una kermesse pintoresca. Aquí lo exclusivo no existe. ¡Cómo hubiese sufrido el abuelo de vivir en esta época! Nuestra elegante casona va camino a ser engullida. Algunos acopiadores de granos ofrecieron buena [87] plata por su posesión. Todavía mis hermanos se resisten. No se animan a caminar cada uno por su cuenta. Quizá, a causa de la orfandad que de nacimiento nos acompaña, estamos acostumbrados a mantener la unión. Es una consigna que nos pusimos en las entrañas de mamá. ¿Quién podría separarnos? ¡Ni siquiera la muerte! ¿Acaso yo no sirvo de ejemplo? He muerto y aquí me tienen. Entrometido y coleando en el centro del torbellino. Pero la mayoría de los pobladores se fueron hace rato. No queda ninguno de la vieja época. De cuando el mercado contaba únicamente con un pequeño predio. Todos han ido escapando de la turba inexorable. Los menos, lo hicieron de a poco. Los más, desaparecieron de repente, espantados por la invasión. El comercio agresivo se acrecienta. Sin tregua, los emporios

gigantescos se inauguran en medio de los canastos de hortalizas, del puchero gorgoteando en la olla callejera, de los yuyos medicinales para el tereré, de las frutas recién lavadas en el balde de agua turbia. Se entiende a las claras que los feriantes humildes pelean por hacerse de un espacio en las veredas. Mientras, los tenderos acaudalados, ávidos por ganar terreno y altura, sacan a manos llenas los billetes de sus bolsillos, lanzan ofertas tentadoras, especulan... Es raro el comerciante que no haya puesto el ojo en el Mercado Cuatro. Todos van a la pesca de la oportunidad. Tal vez el nuestro, el último bastión, pudiera transformarse a corto plazo en un depósito de trigo. ¿Qué sentiría el abuelo Gaspar, de ver a la suntuosa [88] «Villa Rosaura» convertida en granero? Él se mostraba muy celoso de su territorio. En su limitado universo doméstico, solamente sus familiares tenían cabida y en especial, Lucía, la niña de sus ojos. Era cierto que en los cuartos del fondo habitaban los tres retardados y que pese a ser hijos suyos, don Gaspar les había prohibido que entraran en la sala. Sin embargo, no fue por discriminarlos sino que sencillamente, porque en plena edad adulta, ellos vivían despistados. No había quien se ocupara de orientarlos. Nadie se fijaba mucho en el trío de bobos, así tuvieran que compartir con ellos lo que restaba de la casa. Formaban parte de la familia, pero esa verdad era una herida que todos intentaban olvidar. Menos Eusebia. Ella les brindaba su cariño y los protegía de nuestras malicias infantiles. Los monaguillos de la gesta del Ángel, con frecuencia, nos divertíamos a expensas de los tres tontos. Por su lado, el tío Roque había conseguido borrarlos deliberadamente de su entorno: rodando en la silla de paralítico, se los cruzaba en los corredores sin la mínima intención de fijarse en ellos. Muy por el contrario, su hermano Gaspar, al verlos, lanzaba grandes suspiros de angustia, aunque bajo ninguna razón, daba el brazo a torcer. Don Gaspar de la Pera pecaba de ser puntilloso, estricto consigo mismo. Aceptaba que mi hermana y nadie más le ahuecara los almohadones de plumas de su sillón. Hasta la negra Eusebia, niñera nuestra y también ama de casa a falta de otras mujeres, debía replegarse ante las restricciones del [89] abuelo. Y cuando Gaspar soltaba su violín en busca de respiro, Lucy, atentamente, aparecía con la botella de vino de garnacha. La volcaba en su copa labrada con guirnalda de pámpanos y oro bruñido en el borde. Era su favorita la copa de cristal español (de pura cepa española, como las uvas de Granada y la sangre de mi abuelo). Después, bien servida, la colocaba encima de la mesita ratona y se retiraba en silencio. El abuelo Gaspar caía en su trono cuan grande era y se apoltronaba satisfecho. En medio de un suspiro de placer, se enjugaba las mejillas con su pañuelo y luego, se friccionaba enérgicamente el hombro izquierdo. Yo le daba manija a su victrola y pronto, escuchábamos extasiados el «Claro de Luna», aquella melodía que amábamos los dos. Con mi embeleso de nieto sensitivo me tumbaba sobre la alfombra de oriente y permanecía a sus pies, oyendo hechizado las teclas del piano... El abuelo me revolvía los cabellos en señal de camaradería. Él no disimulaba su debilidad hacia los menores de la gesta: Lucía y yo (habíamos nacido en el turno seis y siete respectivamente). Aún así, en su sillón, se sentaba sólo él, y de su copa, bebía sólo él. Al evocar el vino, lo saboreo con la imaginación. Aunque el gusto me elude sensaciones, huelo el vino y huelo a vino. A mí me encantaba el vino de misa. Yo era monaguillo y tenía que ayudar con el pan y con el vino. Todos los niños de la casa éramos monaguillos. Cumplíamos una promesa de origen ancestral. El compromiso venía de lejos y rezaba más o menos así: [90] él fue monaguillo, nosotros somos, ellos serán... Hasta ahí llegaban las explicaciones del abuelo. Por respeto, nosotros jamás insistíamos en otro dato. Y un mal día, el abuelo Gaspar falleció. Y el calendario siguió descontando fechas... Al viejo sillón lo fueron mudando de lugar y de matiz de acuerdo con la ocurrencia de mis cuñadas. Ellas, apenas empezaron a llegar, se

tomaron varias atribuciones: modificaron a su capricho el mobiliario antiguo y eliminaron para siempre ese olor rancio de arte y nobleza que se aspiraba en torno. Con sus estafalarias ideas de innovar se metían en todos los rincones. Sin pedir opinión revolucionaban el ambiente y pobre de mis hermanos si por las madrugadas, yo, con mis mañas de fantasma, osaba devolver los muebles a su sitio. Al descubrirlo, adjudicaban el hecho a sus maridos y los acusaban de persecución injustificada. Pegaban tales gritos y rezongos que provocaban tremendos disturbios, polémicas familiares de nunca terminar. Entonces, me arrepentía con toda el alma por haberme opuesto a la expresa ocurrencia de mis hermanas políticas. De ese modo, me sacaron definitivamente las ganas de contrariarlas. No hubo ni hay quien las pare. Así continúan hasta el día de hoy. En el sillón del abuelo lo sientan a cualquiera, lo utilizan a su antojo para fines diversos. El mismo gato, antipático y roñoso, se toma el atrevimiento y caradura como es, allí se acuesta sin reparo de ninguna clase. Don Gaspar de la Pera jamás lo hubiera soportado. Me toca a mí darle el corte definitivo a [91] esa impertinencia que ofende su memoria. Mientras él vivió aquí, en esta casa que hoy lucha a brazo partido contra el cargamento de sandías que se apila en las murallas del frente, ¡distinta fue nuestra existencia! La sala mantenía su intimidad de tabernáculo. La cocina olía a pan recién horneado, los corredores a jazmines. El cielo límpido se cubría de pandorgas. El abuelo Gaspar echaba a volar los barriletes de papel de seda que personalmente confeccionaba para nosotros (cuando su estado de ánimo se lo permitía). Pero eso quedó muy lejos. Ahora la sala es dormitorio del gato y el gato se mea en los pasillos, el jazmín Paraguay se murió de asfixia detrás de los murallones, el aire se infecta de hollín pernicioso y el mercado avanza sin misericordia envuelto en el tufo insoportable de cebollas podridas. Ufano se recrea en el escándalo de cachacas estridentes, de riñas alcohólicas, de amoríos clandestinos en los galpones. Y todo, en su debido envoltorio de moscas, mosquitos y moscardones. Por cierto, cambiaron las cosas. Ya nadie puede frenar los tentáculos que cruzan las esquinas ignorando los semáforos, que pisotean las señales y se trepan a las paredes sin el mínimo respeto. ¿Nadie? Según los últimos acontecimientos eso está en vías de arreglo. Parece que el municipio puso los ojos y el interés en el Mercado Cuatro. Escuché comentarios de que lo quieren recomponer, remodelar o algo por el estilo. Empresa difícil, aunque no imposible: hace poco, en una de sus callejuelas y a manera de ensayo, se dedicaron a [92] lavar la mugre de tantos años. Con el agua jabonosa, los desperdicios acumulados se reblandecieron y el pavimento soltó la costra purulenta que lo acogotaba. Hasta el mal olor de la basura sempiterna se hizo menos apestoso. Esa tarde, la brisa limpia se puso a corretear por el mercado como una promesa. Fue un acontecimiento alentador para mí, porque al sentido del olfato lo conservo en buen estado. También puedo leer. Supe así de una ordenanza al efecto: las verduleras guardarán silencio formal e irán de cofia, delantales almidonados, zapatos blancos. A ese paso lucirán el porte de mucamas de alta sociedad. Eso de verlas uniformadas, en rigurosa disciplina, calladitas, obedientes, distinguidas, da pie a una caricatura. Se me ocurre, por lo gracioso de la comparación, luego de evocarlas actuando en el amplio escenario del Mercado Cuatro. No creo que ellas disfruten con el cambio. Están muy felices tal cual son. A nadie molestan sus carcajadas, sus vestidos de colorines. Pensándolo bien, es preferible que las verduleras mantengan el mismo talante. Pero a la idea hay que sacarle provecho, aunque sea en otro sentido. Me gusta el tema para una historieta. De temas jocosos yo entiendo lo suficiente. Siempre fui fanático de las tiras cómicas. Aprendí a leer a los cinco años y desde entonces, no me he perdido ni el humor de los personajes creados para niños, ni la mordaz ironía de los chistes para adultos. Mi primera revista fue la del «Pato Donald».

Las aventuras del pato neurasténico me atraían mucho más que las hazañas [93] del sesudo ratón Mickey. Los dibujos animados de Walt Disney deleitaron mi niñez y hoy, en el peldaño final del siglo XX, la infancia sigue gozando de ellos. Espero que nunca mueran el pato y el ratón. El gato Fidelio sí. ¡Fifí tiene que morir esta misma noche! Sólo su exterminio podrá darme la paz que necesito. ¡Por eso y por lo otro, él debe morir! Está decidido, ¡lo aplastaré! Mis manos, aunque ya no son de carne y hueso, funcionan a más y mejor. Con el mazo dando, ¡soy un as! (pero no saben de mí). El gato y el sillón son de igual color. Alguien posará allí sus sentaderas: los pelos amarillos subirán a su ropa y cargará con mi culpa. Sin embargo, la noche es larga y a este gato inquisidor no lo voy a levantar todavía. Desde su arribo Fifí puso límites en mi propio terreno. Olisquea el vino de misa que me delata. Me intuye el infeliz. Me adivina las intenciones y pretende obstaculizar mi albedrío. Al menos, cuando no está despierto, voy y vengo a mis anchas por toda la casa. Y me encanta la sala vacía de gente. Con claridad proyecto los detalles de la ejecución de Fifí, mientras escucho música. Y me revienta el contraste ofensivo que surge cuando paso de las sinfonías de Beethoven, de su concierto sublime, al ritmo frenético de la cachaca. ¡Nunca falta algún bailongo en pleno mercado! ¡Con el parlante a los cielos! Esto se tiene que terminar. Está decidido. Se aproxima la hora de ejecutar mi plan. Yo no voy a dormir como mis hermanos y los demás. ¡Hoy es noche de luna llena! Luna redonda, [94] perfecta, ¡mi favorita! Y también, es noche de cuentas a cobrar... Pero antes lo voy a reivindicar al violín del abuelo. Acabo de ver su estuche abandonado en el altillo, entre las maletas viejas. El polvo y las arañas le hicieron compañía en su retiro involuntario. No es que me interese tocarlo (a mí siempre me gustó el piano, tenazmente, ¡el piano!). Jamás fui un experto concertista de violín. Ni siquiera alcancé a ser mediocre. Creo que más bien tiraba a malo. Recuerdo cómo me empeñaba para conseguir el tono que me ponía el abuelo. No olvidaré sus pacientes palabras repitiendo lecciones: se trata de ajustar las cuatro cuerdas, templarlas de quinta en quinta y buscar las notas con el arco, me decía. Pese al esfuerzo de ambos, no logramos hacer de mí un niño virtuoso. ¡De momento, le debo al abuelo Gaspar el rescate de su violín! Su Stradivarius 1711 no era un violín cualquiera. Lo había usado Beethoven en la corte del emperador Francisco III. Es palabra del abuelo. ¡Palabra sagrada! De sólo pensarlo, me envanezco. Hay algo muy hondo dentro de mí que se conmueve con la música. Antes, cuando el accidente aún no me había convertido en fantasma, yo escapaba del abuelo, del tío, de mis hermanos y con enorme dificultad, de la negra Eusebia (ella era la guardiana mayor de la gesta del Ángel). Desaparecía por una hora, cada jueves a la tardecita. ¿El motivo? Una retreta al aire libre. En el mismo centro de la plaza de nuestro barrio, se alineaba la dotación de los Boy Scouts del Salesianito. Ejecutaban marchas [95] alegóricas a la patria y un ameno repertorio musical. Estos muchachos se ganaban mi admiración y una cierta dosis de envidia. Solemnes, junto al monolito de la plaza, lucían su estampa firme, elegante. Vestían traje caqui de pantalones cortos. Y presillas alusivas a su rango. Y pompones en las medias a la altura de las rodillas. Y caramañolas de reglamento. En la cintura, una porra de madera de punta roma. En las manos, clarines, palillos y tambores de piel atirantada y cordón bruñido... La plaza distaba unas cuantas calles de nuestra casa y visitarla, sin la debida compañía de Eusebia, figuraba entre las cosas prohibidas. Yo me iba solo y sin permiso. Mis hermanos se negaban a desobedecer. Ellos se arriesgarían por una vuelta a la manzana en bicicleta, un partido de truco en el almacén, una expedición de alpinismo a la cumbre de los árboles del fondo. ¡Nunca por un simple rataplán! En cambio, a mí me resultaba imprescindible asistir a las retretas de los jueves. Ése era mi único acceso a un concierto en vivo y en directo y bajo

ninguna excusa lo dejaría pasar. Yo no buscaba comparar el clarinete o los tambores con el piano que me trastornaba o con el Stradivarius de mi abuelo. La pura realidad era que, para mis afectos, no existía un instrumento musical sin su propio encanto. Y además, la aventura, el riesgo de la fuga, y mi contacto cercano con la banda de los Boy Scouts, me proporcionaban una dicha pocas veces alcanzada. Tanto así, que cuando recuerdo esas tardecitas en la plaza, vibro de gusto y siento con [96] mayor ímpetu mi compromiso con el violín del abuelo Gaspar. Una vez que el Stradivarius de mi abuelo ocupe el sitio que le corresponde, me haré cargo de Fifí y hasta despedirlo de este mundo, no descansaré. La decisión de saldar mis cuentas con un exterminio me viene de lejos... Es un juramento pactado en la otra época. Durante el verano fatal... Un trecho más y habrá transcurrido medio siglo de aquel verano. Cuando ocurrió el accidente yo tenía diez años apenas. Hoy celebramos nuestro último cumpleaños del milenio. El siglo se está acabando y el invulnerable tío Roque de la Pera, mayorazgo de noble estirpe, continúa vigente a pesar de su chochez. Por inercia se mantiene en el mismo trámite: dando órdenes de rutina que ahora nadie las cumple. Y a pesar de la parálisis que lo afecta desde la infancia, aguanta todavía. Ya tendría que haber muerto, ¡pobre inválido! Como el abuelo Gaspar y los otros prójimos de la parentela, por ejemplo. O como yo, el fantasma exclusivo de la familia. ¿Soy acaso un fantasma? En el trágico suceso, me dieron por muerto y sigo aquí. De alma, pero sin cuerpo. Y hasta salgo de excursión por el Mercado Cuatro cuando me quiero desconectar del ayer. A veces necesito hacerlo para pisar la tierra que aún me contiene. Necesito admitir el llamado telúrico que me impone el presente. Y me dejo llevar... Entonces, en mi carácter de espectro (el único que tengo), voy al portón y resuelto, acompaño la marea humana que me pasa por delante. Con ella transito los pasillos al aire [97] libre donde abundan las hortalizas del día y la fruta madura. Y puede ser que también visite con especial detenimiento los almacenes de abasto. El ambiente húmedo, oscurecido de las barracas no me acobarda y soy capaz de moverme sinuosamente entre las bolsas de yerba, de arroz, de lentejas, de harina... O curiosear en el barril de grasa de vaca para las velas de sebo. O inmiscuirme en el fardo de hojas de tabaco negro prensado y aromático. O contabilizar fideos caracoles, espaguetis, de sémola, de huevo... O clasificar el maíz en sus distintas gamas. Así el paseo se pone atractivo. A mí me gusta escudriñar en las mercancías que abarrotan los depósitos aledaños. Deambulo en medio de las provistas del país concienzudamente. Y si con todo el recorrido me sobran ganas de callejear, busco alguna parejita escondida practicando el amor. Con desparpajo y sin prudencia me introduzco entre los besos y las caricias. Lo hago fácilmente, de igual modo que cuando estando en «Villa Rosaura», furtivo, me asocio al vaivén sensual de mis hermanos con sus apasionadas esposas. Mis hermanos vitales, saludables; con la potencia del sexo a toda prueba y la sangre caliente circulando en sus venas... ¿Y mi sangre? Entre los monaguillos de mi camada soy el único fantasma. Ninguno como yo. Y éramos muchos niños en la casa. ¡Siete huérfanos heroicos! Septillizos de una misma hornada. Fuimos naciendo a lo largo de doce horas y en el orden siguiente: Héctor, Óscar, Víctor, Nelson, Marcos, Lucía y yo: Félix María. El nombre [98] de mujer me lo agregaron para conjurar la maldición de séptimo hijo, para evitar que en mí recayera el estigma del luisón. Y como se tomaron tantas precauciones, he conseguido eludir al perro lobo, aunque no pude escapar del gato Fifí que es mi peor enemigo. El bautismo de los siete se realizó en la iglesia del Ángel Custodio, sita en el corazón del barrio Vista Alegre. Nuestro barrio bullanguero que, para reuniones divertidas, siempre estaba bien dispuesto. Pasábamos al hilo de un alegrón en otro. A menudo era visitado por calesitas que giraban en el patio de la iglesia, trovadores

noctámbulos en el bar de la esquina, titiriteros, magos, ventrílocuos, circos... El circo «Lowandi» hacía su aparición por lo menos cada dos años. Indeclinablemente, acampaba en un inmenso patio baldío ubicado sobre la calle Perú casi Río Blanco. Los chicos del vecindario sabíamos que el circo se aproximaba, cuando un pelotón de soldados «verde olivo», carpía las malezas que atiborraban dicho patio. El entusiasmo y la expectativa reinaban en los alrededores. Cada mañana, nos levantábamos con la ilusión de encontrar las carpas tendidas. Es que los hermanos Lowandi siempre aparecían en horas de la noche y no descansaban hasta completar la instalación del circo. Una vez estacionados los carromatos en hilera, comenzaban los trabajos de asentamiento: carpas, pistas, jaulas, trapecios... Y aserrín, mucho aserrín en el suelo de tierra apisonada. Después, se daba inicio al desfile por las calles aledañas. Marchaban en fila payasos, [99] enanos, caballos engolados, monos en traje de luces, perros en dos patas vestidos de granaderos, la mujer barbuda, el contorsionista... Y la gran atracción: una jaula doble con la tranca reforzada por fuera. Y adentro, tigres de Bengala y leones africanos. A veces, traían un elefante viejo que se tocaba la cabeza con un gorrito de filetes dorados y usaba cascabeles en la trompa. Arriba del elefante, sobre un tapete hindú, iba una bailarina. Al frente de la comitiva, un arlequín subido en zancos, anunciaba con el megáfono en la mano, la llegada triunfal del circo «Lowandi». Cerraba la caravana el bochinche de la banda, al que nos sumábamos los chiquilines de la vecindad. Con dos tapas de cacerolas de aluminio golpeadas entre sí, improvisábamos el ruidoso acompañamiento. La negra Eusebia chillaba y se quejaba en la cocina sin resultado positivo, puesto que nosotros, sugestionados con todo el movimiento circense, vagábamos a la deriva sin escuchar sus demandas. La emoción nos dejaba un hueco en el estómago y era muy superior a cualquier disciplina que el tío Roque, la negra Eusebia o el abuelo Gaspar quisieran imponernos. Pero teníamos una preocupación apremiante: lograr el permiso para el estreno y el dinero para pagarnos las entradas. De modo que pensando en eso, regresábamos como corderitos al redil, a fin de hacer buena letra y alcanzar lo deseado. Y por supuesto, tercamente, salíamos ganando: a las cinco en punto de la tarde, bañados y fragantes, nos acercábamos a la boletería del carromato [100] mayor. En puntas de pie, alcanzábamos la ventanilla y pedíamos siete boletos rosados para menores. A partir de allí, el mundo fantástico, alucinante y repleto de alegría del «Circo Lowandi», se inauguraba para nosotros. Dudo que en Asunción haya existido otro barrio más acorde con su nombre que el barrio Vista Alegre. Aunque para hacer justicia, debo mencionar que también tuvo su cuota de calamidades: a once años de la celebración de nuestro bautismo y a once meses de mi muerte aparente, una noche de tormenta sin lluvia, la iglesia del Ángel Custodio se consumió en la hoguera. El sacristán se había olvidado de cerrar las banderolas y de apagar las velas que se derretían delante de la Virgen de Caacupé. Iba vestida de gala Nuestra Señora de los Milagros. Oro y azul pintaban el manto de satén. El altar, erigido en tres escalones rudimentarios, era de madera coloreada y de papel celofán los adornos: flores, carpetas, banderines... ¡Todos, materiales inflamables! Ocurrió en la víspera de su fiesta. Una ráfaga impertinente se había puesto a jugar con los cirios y al rato, ardía la iglesia entera. El ocho de diciembre amanecieron los feligreses y el padre Piero con un balde de agua en cada mano y alas en los pies. Nada pudieron hacer los buenos vecinos. El resultado fue el humo, la ceniza, el montón de escombros. Terminantemente, allí se acabó la iglesia del Ángel Custodio. No volvieron a reconstruir sus altares ni el sagrario y hasta las imágenes benditas se perdieron para siempre. Nuestra escuelita se alzaba junto a la [101] iglesia del Ángel Custodio. El fuego la destruyó en gran parte y dejó de funcionar. El padre Piero no pudo menos que desconsolarse con tanto

destrozo y entonces, pidió relevo y se volvió a su Génova natal. Mis hermanos se mudaron a un colegio distinguido y el mundo siguió andando... El incendio ocurrió después de mi accidente, de modo que la escuelita de la parroquia fue la única que yo conocí. Nunca podría olvidarme de sus aulas con mapas en todas las paredes. Ni de los negros pizarrones. Ni del polvillo fino de la tiza en mis narices. Ni de esa alergia impertinente que me hacía estornudar. A pesar de la distancia, yo continué añorando mi escuelita de niño. A menudo conmueve mis pensamientos su olor inconfundible: cuadernos, gomas de borrar, lápices de colores, virutas en el sacapuntas... Sí, hasta el día de hoy, esa mezcla de aromas aviva mi nostalgia, me transporta al pasado. De repente me confundo y no puedo descubrir si en la balanza de mis querencias pesan más las aulas y el pizarrón o el camino de ida y vuelta a la escuela. La escuela nos quedaba muy cerca. Apenas a dos calles. Aunque por fuerza teníamos que cruzar la avenida Amambay, justo frente al atrio de la iglesia. El Ángel Custodio abría sus puertas y sus alas sobre la arteria con mayor locomoción del vecindario. Y no importaba que la sombra protectora del Ángel se extendiera por encima de los adoquines grises y de nuestros guardapolvos blancos. Igual, diariamente, los alumnos recibíamos el sermón de la señorita directora. A causa [102] del bendito cruce, ella nos atormentaba con una sarta de consejos y en casa, el tío Roque, procuraba que jamás se nos borraran de la memoria. El movimiento automotor de la calle Amambay era tema obligado en la mesa familiar. Y el tío, después de la oración de gracias por el pan de cada día, empezaba su cantinela: en cualquier momento va a ocurrir allí una desgracia. ¡Ya lo verán! Esa avenida se ha vuelto un manicomio. Conducen como locos. ¡Ay, estos tiempos modernos!, exclamaba para terminar. Afortunadamente, el tío Roque tiene hoy su juicio en decadencia. Con ligereza se desentiende de los choferes y de las otras plagas que azotan la vecindad. De no ser así, aún estaría maldiciendo en su silla de ruedas la Babel que nos rodea. ¡Claro!, la antigua calle Amambay se convirtió en la avenida Gaspar Rodríguez de Francia y para peor atolladero, en una de las más caóticas del país. Por medio de sus peligrosas vías, el Mercado Cuatro se carga y descarga continuamente. Al por mayor y al detalle se venden leche en polvo y collares de perlas, zapatos y televisores, sopa paraguaya y vestidos de novia. Se rifan automóviles y se apuesta a la quiniela. Se lavan dólares y se ensucian apellidos al orden y al desorden. No hay límites ni discriminaciones. Todo se acepta y es libre la oferta. Gente y vehículos transitan a gran velocidad los laberintos del Mercado Cuatro. Los problemas son tantos y la prisa tanta, que nadie se demora en actos nimios. El siglo no se detiene... ¡Hay que llegar! El 2000 es un hecho concreto. Un [103] agujero prodigioso que prepara sorpresas, que encierra misterio, que produce incógnitas, que levanta polémicas. El cambio de milenio está allí nomás, a la vuelta del calendario. Detrás del mes de diciembre. Todos caminan agitados a su encuentro... Y pensar que el tío Roque vive tranquilo en su ignorancia. Es mejor así, hasta sus temores de antaño se aplacaron con la arteriosclerosis o quizá, porque el presagio del accidente (el mío), al fin de cuentas se cumplió. Me acuerdo de que la negra Eusebia (nuestra niñera de «Cambá-Cuá»), con una buena carcajada se burlaba de aquel presagio. Si no los guarda el Ángel de la Guarda, entonces, ¿quién?, canturreaba Eusebia, moviéndose al compás de los alegres tamboriles que latían en su corazón. Del tantán que sólo ella escuchaba. Y nosotros, sus niños traviosos, reíamos contagiados de su entusiasmo. Los comentarios respecto al cruce, simplemente, eran causa de burla o de infantil bullicio. Además, si abundaba la diversión en el cometido glorioso de ir y venir a la escuela, ¿a qué inquietamos con los recelos del tío maniático? Y mucho menos, con los temores de la señorita directora. Esa histórica doncella que nos formaba enhiestos como palos de tacuara: ¡firmes en el centro del patio para cantar



el Himno Nacional! La recuerdo vestida de negro, igual que un cuervo desgarrado persiguiendo nuestro mínimo deslíz. Jamás le vimos una pequeña nota de color que diera luz a su cara de vinagre. Ella iba eternamente enlutada por los difuntos de su familia. Nosotros la eludíamos [104] como a un pájaro de mal agüero, y apenas sonaba la campana de salida, escapábamos de la escuela y de su acidez crónica. Ni bien aspirábamos el aire puro del exterior, nos movíamos, al fin, sueltos de cuerpo. Libres de su apremio visual, enfatizado por las gafas de celuloide y afortunadamente, libres del «¡silencio-firme!», con el cual nos amordazaba hasta los pensamientos. Entonces, fuera ya de su control arbitrario, se nos desataban los diablillos interiores. Aquellos diablillos impertinentes que desmerecían el nombre de nuestra gesta del Ángel. Pero era natural que después de riendas tan ajustadas, la libertad se nos subiera a la cabeza. Del derecho y del revés habíamos aprendido los códigos callejeros. ¡Ellos, sí que merecían la mayor atención! Dábamos golpazos en los portones de algún vecino cascarrabias y nos escondíamos para espiar el gesto ridículo que ponía el pobre tipo al encontrarse burlado y sin visita. O volcábamos tachos de basura en las veredas bien barridas. O fabricábamos obstáculos encubiertos para el tropezón de los incautos. O pateábamos la pelota contra las murallas recién pintadas. Y por sobre todo, buscábamos trifulca. A puñetazos nos liábamos con los chiquilines de la otra pandilla y rodábamos por el suelo con mayúsculo placer. Nosotros tomábamos muy en serio el compromiso de divertirnos. Sí, en aquellos jubilosos días, nuestra vida giraba como los discos del abuelo Gaspar (dando vueltas interminables en su victrola). Girábamos al ritmo sincopado de pelotas y cuadernos, de guerrillas [105] y el altar. Unos preferían las trompadas, pocos los cuadernos. Yo escogía la pelota. Y adoraba a Lucy, mi hermana. Y a Zarpo, mi gato. Ahora, en «Villa Rosaura» tienen a este gato amarillo. Mira con ojos saltones y es gordo, peludo, ¡horrible! En cambio, Zarpo era negro y brillante. Tenía las zarpas puntiagudas y en el rostro felino dos luceros transparentes. Su cuerpo delgado se tensaba como la hoja de una espada si alguien ajeno a mí le acariciaba el lomo. Desde luego, Zarpo aventajaba a Fifi en todos los sentidos. ¡Zarpo nunca tuvo competencia! Y sin embargo, al gato nuevo, hoy me lo pasan por delante como si fuera un portento. Sé que es el bicho mimado de la casa y en especial, de los hijos de Óscar. Pero eso nada quiere decir. No son los mellizos de Óscar lo mejor de la cosecha doméstica. Es evidente que la pujanza de nuestra sangre está en decadencia, se va debilitando el poder de procreación que en el pasado nos dio fama, prestigio, transcendencia. En la última remesa de monaguillos hay apenas un par de mellizos. ¿Dónde están las gestaciones múltiples de nuestras antiguas matronas? ¿De las mujeres intrépidas que citan los pergaminos familiares? Y para colmo, esos dos malcriados duermen en mi cuarto. La niña, ocupa mi cama y se tapa con la misma frazada a rayas que compraron para mí aquel invierno que hizo tanto frío. Parece que fue ayer... Sí, a pesar de que ya no tengo cuerpo, siento que en esta noche de otoño el frío anticipado ocupa mi espacio. Eso indica que estoy aquí todavía. Percibo [106] los cambios del clima igual que antes. Las bajas temperaturas me traen retazos de mi tiempo feliz. Retornando a la infancia, veo aquellas tardes congeladas de intenso griterío en la cocina. Alegremente, se sumaban a la reunión hogareña Zarpo y Eusebia. Ella, servicial como siempre, se afanaba entre el dulce de mamón con lejía, el estofado a la cacerola, las papas para el puré y nuestras tareas escolares. En la mesa larga, sobre el mantel de hule, desparramábamos sin concierto el contenido de las siete carteras del colegio. Luego, nos tomábamos un recreo permanente. Eusebia se encargaba de resolver los problemas de aritmética en los cuadernos de páginas cuadrículadas. De copiar las lecciones en los anotadores con hojas de una raya y tapa dura. De calcar y colorear los dibujos en las

carpetas de diseño. De forrar nuestros libros en papel madera y pegar con engrudo los rótulos de identidad. Gracias a Dios, el tío Roque había acertado al contratar a la negra Eusebia. Ella tenía título de cocinera profesional y para nuestra suerte, educación primaria completa. Razón por la cual, en épocas de clase, se le multiplicaba el trabajo. ¡Pero durante las vacaciones Eusebia descansaba en serio! Era costumbre de toda la vida que los monaguillos marcharan a Areguá. La casa quedaba huérfana de niños en verano. Mas un día cualquiera, repentinamente, el tío Roque decidió alterar la tradición y rompió la cadena de los siete monaguillos de la gesta del Ángel: se nos puede estropear la niña entre tantos varones, había sentenciado [107] en secas palabras. Por primera vez, Lucía partió de veraneo sin nosotros. El eslabón número seis había soltado amarras y la gesta del Ángel quedó desbaratada. Hasta el padre Piero se resintió con un monaguillo menos. A Lucy le correspondía pasar la patena, pero ella se fue. Y se alzaron varios kilómetros de distancia entre los unos y la otra. Sin mi hermana Lucía, mi suerte quedó echada. Ella, con su presencia femenina mantenía el equilibrio. Faltando el toque de mujer, nadie torcería mi destino de séptimo varón. Y entonces sucedió... Recuerdo aquel verano. Aquella mañana bochornosa de mis diez años, mi pelota de cuero, mis botines de fútbol... Y en el centro justo de la calzada, ¡el adiós definitivo a Zarpo! Zarpo y yo tenemos una cuenta pendiente con el destino. La voy a saldar esta noche de luna llena. Para tomar impulso, necesito rememorar la importancia que tuvo Zarpo durante el último invierno que vivimos juntos. En esa cruda temporada, el centro de las reuniones familiares se había situado en la cocina. Sólo allí sentíamos abrigo, calidez, apoyo. De manera que, esquivando el viento sur y la llovizna, regresábamos de la escuela a toda marcha, sin buscar entretenimientos por el camino. Entrábamos apresurados en la cocina y nos arrimábamos al fogón con el propósito de ahuyentar el frío que calaba nuestros huesos. Hasta el campeonato de bolitas quedaba postergado para cuando pasara la ventisca. La pequeña bolsa de trapo repleta de canicas de cristal se replegaba en el fondo de nuestras carteras [108] y allí, esperaba sumisa que el buen tiempo volviera. Es que aquel juego requería la complicidad del empedrado y nos ponía de rodillas en plena calzada. Indefectiblemente nos acompañaba el gato. Pero no Fifí, este engendro que nos legó el Mercado Cuatro, este gato oportunista que duerme su noche final en el sofá de la sala. Este gato presumido, ¡no! El gato de las horas felices era Zarpo. Mi gato de noble casta, hijo de padre persa y sin embargo, humilde. Cuando invadíamos la cocina en procura de calor, con toda modestia, Zarpo se acurrucaba en la carbonera. Yo colocaba mi silleta a su lado y le hacía mimos en la espalda. Él se aflojaba debajo de mi mano, ronroneaba de placer y me lo agradecía con suaves lamidos. En aquel entonces, Zarpo era lo más importante de mi vida. Era el bálsamo que mitigaba la ausencia del abuelo Gaspar. Eusebia nos miraba campechana y hacía muecas y guiños cómplices. Al tío Roque no le gustaban los gatos dentro de la casa y el abuelo, que amaba a Zarpo tanto como yo, se había muerto una luminosa mañana de otoño, cuando las hojas secas revoloteaban en el jardín como un tendal de mariposas doradas. El alma del abuelo partió en un rayo de sol y a la tarde siguiente, su féretro se hundió en la tierra para siempre. Una lluvia de crisantemos lo acompañó hasta el fondo del sepulcro. Los monaguillos de la gesta del Ángel habíamos asistido al sepelio. En testimonio de duelo llevamos brazal de satén negro sobre la manga de la camisa blanca. Con lágrimas en las mejillas ayudamos [109] al padre Piero en el oficio del réquiem. Un violín cadencioso impregnaba con sus notas la tardecita melancólica. Los tres tontos se sacaron el sombrero y se pusieron a rondar los senderos del camposanto. Cada vez que pasaban por nuestro lado hacían barullo arrastrando los pies e interrumpían la ceremonia. Yo me aparté un instante y los obligué a detenerse. Se iniciaba

el mes de abril y la noche cayó en el cementerio tempranamente. Regresamos en doloroso silencio y desde entonces, nada fue igual... Tras la muerte del abuelo Gaspar todo empezó a complicarse y se precipitaron los hechos que culminarían con mi desaparición. Ya sin colaborador, el tío Roque se vio solo al frente de una caterva de monaguillos incontrolables. Tomó decisiones descabelladas. Se puso mucho más autoritario que de costumbre. Ni una simple falta perdonaba. Pero de consuelo teníamos a la negra Eusebia. Generosa para todos, desparramaba su oscura humanidad sobre nuestras cabecitas rubias. Y desafiante, a espaldas del tío Roque, cobijaba a Zarpo en su reino de humo y carbón. Ella nos brindaba la ternura de la madre que no conocimos. Aunque hoy, ese desconocimiento ha cambiado para mí. Rememorando el «Claro de Luna» me transporto... Viajo en marcha atrás... Esa melodía lleva mi ansiedad por senderos extraños. Caen los velos que ciegan mi mente. Llego a destino. Hay un piano sonando... y encima, el portarretratos de papá con un crespón de fúnebre anuncio. Delante del piano, un taburete giratorio y allí, [110] sentada mi madre con nosotros en su vientre. Veníamos girando despacio. Muy apretados, incómodos. Todo era oscuro y llovía torrencialmente. Mamá estaba triste. Sufría y tocaba el piano. Siempre el «Claro de Luna». De pronto vimos la luz y llegamos a nuestra casa. El cuerpo de mamá se dividió en siete pedazos. Siete, ¡como las notas musicales! Y se derramó su sangre. Y se desvaneció el latido en las teclas del piano. Pero mi memoria ancestral es frágil. Se debate en una zona escurridiza y escapa... Sólo me asaltan retazos de niebla o ráfagas casuales. Y claro, lo único que nos habían contado, era que mamá nos parió y se fue al cielo junto a nuestro padre muerto. Mis hermanos se conformaban con esa versión. A mí, la parquedad al respecto me irritaba porque yo era testarudo, distinto. Aunque solamente en el carácter. Físicamente no teníamos diferencias notables. El mismo cabello rubio, lacio. El color lechoso de la piel, los ojos celestes. Sí, los siete salimos a la abuela Ingrid. Espigados, altivos, de rasgos teutones y porte heroico. Pero yo había heredado del bisabuelo español su bravura y su porfía. Menos mal que llegamos al barrio cuando el Mercado Cuatro todavía respetaba sus propios límites. Si así no fuese, ¿qué hubiera ocurrido con nosotros, nacidos en hazaña gloriosa de una madre que engendró septillizos y murió por sus hijos? ¿Qué absurdo papel jugaríamos dispersos entre la muchedumbre de la feria, confundidos con las remolachas y las mandarinas? Nosotros, que fuimos fecundados en botón de [111] rosas y no en un simple repollo como en el dicho popular. ¡¡¡Un repollo maloliente, puaf!!! ¡Qué bochornosa hubiese sido esa procedencia! Bien que aquello no sucedió y crecimos al margen de la contaminación, en la dulce compañía del Ángel Custodio y otras gracias de igual provecho. Sin embargo, debido al legado caucásico de la abuela Ingrid, en el barrio tropezamos con el vulgar e impreciso mote de «Rubio» (Lucy era la rubita). Ese apodo designaba a cualquiera de los seis. Así, nadie se tomaba el trabajo de distinguirnos. Si a mis hermanos el asunto les parecía molesto, a mí me caía de lo más simpático; porque me daba la oportunidad de cometer infracciones perdido en el anonimato. Actuar de incógnito siempre me gustó, por eso estoy en mi salsa con esto de ser fantasma. Y si no fuese por el gato Fidelio que se me cruzó en el camino, mi caso no sería de urgencia y el pacto podría esperar. Pero las cosas se dieron así. No hay misericordia para este gato amarillo, con pelos de tigre feroz y mañas de cobardón. Que otros carguen con mi culpa es lo convenido. Como antes... En el corto plazo de mi existencia corporal, me favoreció nuestra semejanza. Y conste que en el tamaño teníamos alguna variación. Héctor era el más alto y musculoso. Marquitos el más bajo. Óscar, Víctor y Nelson, casi de la misma estatura. Lucía y yo, los flacos de la camada. La semejanza entre nosotros, los dos menores, empezaba a disminuir con los vestidos primorosos de Lucy, sus trenzas, sus ademanes delicados. Finalizaba, por

supuesto, [112] con mi rebeldía. Jamás se consiguió de mí algo a la fuerza. Durante aquel invierno, abusé de mi libertad mal entendida y fui desobediente hasta las últimas consecuencias. Una extraña puja interior me obligaba a desoír, a contrariar las órdenes del tío Roque. Por lo visto, sin saberlo, yo me estaba despidiendo. Incluso me porté con malicia algunas veces. Atormentaba a mis hermanos, a la negra Eusebia, a los tres retardados (sobrevivientes del cuarteto fraternal que formaron con mamá en las entrañas de la abuela Ingrid). Hasta me enfrentaba con el tío Roque cuando no toleraba sus injusticias. ¡En cuántas ocasiones lo dejé mudo de asombro con mis audaces respuestas, con mis desplantes! Es que el tío no tenía costumbre de que le hicieran la contra. Luego de fallecer el abuelo Gaspar, él, impunemente, se había adueñado del destino de los monaguillos. Eso, ¡yo no lo aceptaba! Y Lucy, ¡tampoco! Ella colaboraba conmigo para fastidiar a los demás. Ese era el primer invierno que el abuelo Gaspar no estaba en casa y sólo me confortaba la cercanía de Zarpo. Mi hermana y yo lo extrañábamos al abuelo. Su ausencia nos lastimaba y aquella era una forma de cobrarle su muerte a la vida. Infantil, es cierto, pero me servía de algo. Creo que es fácil de entender: con mis nueve años, mi espíritu aventurero y las ganas locas de volver a ser feliz, no me detenía en rodeos piadosos. Una de mis artimañas predilectas resultaba el truco de esconder frazadas a la medianoche. A menudo, mis hermanos varones amanecían tiritando. [113] Yo los convencía de que el borracho oficial del barrio Vista Alegre, llegaba por la madrugada, destapaba a los chicos dormidos, y se robaba las cobijas. Todas iban a parar al fondo de una bolsa mugrienta. Únicamente mi hermana se atrevía a pisar su vivienda y a ella le encomendábamos el rescate. Difícil, porque se decía que el borracho habitaba en la misteriosa «Quinta Escobar». Allí donde los inmensos terrenos se dilataban sin final y el bosque guardaba las ruinas de la casona abandonada. La misma que a pesar de su linaje, corrido el tiempo, sólo sirvió de madriguera a las alimañas y llegó a sufrir la desventura de alojar almas en pena, de asilar al «pombero» y a otros engendros de igual ralea. Era una casa derruida, completamente verde. Verde, por la fronda lujuriosa de afuera. Verde, los corredores sitiados por la hiedra. Verde, el bronce de los faroles por la pátina de los años. Verde, los muros interiores plagados de humedad. Verde el aire de moscardones verdes, que hacían de cortejo al borrachín. Esto, a Lucy no la amilanaba y valerosa, partía rumbo a la quinta. En un santiamén lograba recuperar las mantas. Volvía de inmediato, fresca y sosegada. Eusebia notaba la jugarreta. Lo descubría porque la «Quinta Escobar» distaba unas cuantas calles de nuestra casa, sobre Perú, mucho más al fondo, y no era posible hacer el trayecto de ida y vuelta en pocos minutos. Sin embargo, mis hermanos desconocían la quinta. Ni por casualidad intentaban acompañar a Lucía en su proeza. El cuento del «pombero» [114] los ahuyentaba y se cuidaban muy bien de mantener las distancias. A mí, al revés, la «Quinta Escobar» me atraía con su misterio, me llenaba de expectativas, ejercía sobre mí un poderoso hechizo... Yo no conseguía asustarme de sus ánimas errabundas. Me fascinaba su laguna de caldo oscuro, efervescente, repleta de juncos de copetes rosados. Desde allí, una proliferación escurridiza de renacuajos, ranas y sapos, me conquistaba con ojos saltones y babas de espuma sucia. Además, en la espesura del bosque, solía dedicarme a buscar nidos o, de un hondazo, a bajar pájaros con los budoques de lodo que moldeaba en las palmas de mis manos y luego, los secaba al sol para que tomaran consistencia. De aquellas incursiones nadie se enteraba, ni siquiera Lucía. Me fugaba con el alba, cuando los otros monaguillos dormían plácidamente. Eusebia notaba mi desaparición y a mi regreso, pedía explicaciones. Yo trataba de confundirla con un rosario de embustes. ¡No te creo una sola palabra!, exclamaba la negra. Entonces, le ponía zancadillas con la escoba y ella se iba al piso

envuelta en sus faldas almidonadas. Algunas veces, de verdad se lastimaba. Eso, quizá me afligía un poco, mas aquella inquietud apenas manifiesta, no tenía la fuerza necesaria para detener el impulso. Mi rebelión declarada abiertamente, se cumplía con el solo fin de molestar. Una sensación inexplicable me ponía campanitas de júbilo en el pecho cuando conseguía mi propósito. A todo esto y mientras yo disfrutaba, los tres bobalicones incorporaban [115] a Eusebia y con torpes caricias la consolaban. Plenos de inocencia y sobresaltados, acusaban a la escoba de tal descalabro. Yo me reía detrás de las puertas. Era mi desquite ante la muerte del abuelo. Nada me consolaba de su ausencia y no cejaba en mis picardías. Así me hice con la peor de las famas. Por eso me culparon del accidente. De hecho, eso era lo que se murmuraba en el barrio. Tanto insistieron con sus comentarios que no hubo quien desconociera el caso. De boca en boca había circulado la historia de Félix María Ramírez de la Pera. Por consiguiente, el asunto pasó a complementar la lista de sangre que nunca falta en los chismes de vecinos. ¿Y mi sangre? ¿Qué sucedió con mi cuerpo? Quizá quedó convertido en un pedazo de pan. Rodaron los panes... Todo rodó aquel verano caliente de enero... Los monaguillos sudaron agua bendita debajo de sus túnicas. Mi rebeldía se estrelló en la nada. Y de la nada surgió la proyección del pan. Fui rodando por estepas solitarias hasta llegar aquí otra vez. Y aquí senté de nuevo mi fortín. Me afiancé a la casa para seguir existiendo. Y comencé a moverme entre mi gente. Gané mi espacio de silencio. Me hice sombra al costado de mis hermanos. Y con mi muerte a cuestas, llegué hasta el día de hoy. Aunque para alcanzar este día, tuve que haber vivido aquel verano, aquel domingo. Ese domingo bien temprano, toda la familia emperifollada y fragante, estaba en la calle. Excepto Lucía. Mi hermana se hallaba de vacaciones en Areguá. Don Roque de la Pera, tieso en su [116] silla de ruedas, encabezaba la marcha. Con el gesto atontado y el andar veloz, lo empujaban los tres hermanos de mamá. Íbamos rumbo al Sacrificio. Las campanas del Ángel Custodio nos salieron al paso con su apremio de tercer llamado. Las notas del «Claro de Luna» se acoplaron a ese fugaz concierto y una sensación inefable empezó a cosquillearme por dentro. Yo no lo podía entender. Pero ahora sé que mi madre me convocaba... Era una plácida mañana de domingo común y corriente. Sin embargo, las lágrimas de mi madre encinta ya habían previsto el desenlace... El piano fundía aquella sonata en el bronce de las campanas. Ese clamor lo escuchaba sólo yo. Me lo dirigían a mí y a nadie más. El otro repique, el del campanario de las palomas, invitaba a los parroquianos para la santa misa. ¡La última misa de mi vida! Sin panes ni vino. Con cuerpo y con sangre. Era mi día final y el cortejo avanzaba impasible. Adrede, yo caminaba despacio, borrando con los pies la señal polvorosa que dejaba la silla del tío Roque sobre las veredas. Mi propósito era alargar las distancias. Procuraba alejarme cada vez un poco más de la comitiva y de la negra Eusebia. Ella, como de costumbre, se movía con parsimonia. Iba siempre detrás. Hacía la guardia para que ninguno de los monaguillos de la gesta del Ángel escapase del rebaño. Tuve buena fortuna y no se notó mi maniobra. ¿O no fue buena? ¿Qué fue? ¡El destino! No estaba Lucy para torcerlo con su presencia de niña. Ese era mi destino de séptimo varón y mamá [117] lo sabía. En mis sienes, las teclas continuaban pulsando el «Claro de Luna». Y así sucedieron las cosas que tenían que suceder. Pude eludir el control de Eusebia tranquilamente. Mi pelota y Zarpo llegaron a las puertas del Ángel Custodio sin ningún problema. ¡Pobre Zarpo! Nunca lo había llevado hasta ese lugar. Jamás traspuso la avenida Amambay. No era un gato vagabundo. Limitaba su andar a nuestra casa y sus techos. Desde luego, yo no había planeado que entrara conmigo en la iglesia. Aunque eso fue lo que todos afirmaron y todos se equivocaron. Lo dejé oculto bajo la escalinata del atrio. Zarpo quedó con la recomendación de cuidar que no

cayera la pelota en manos enemigas. De protegerla de la otra barra que solía merodear la iglesia. Y en efecto, los mocosos de la pandilla contraria se hicieron presente. Y dibujaron la órbita que a mi alrededor se iría cerrando, que me negaría el reposo, que me estancaría en la tierra. Zarpo lo comprendió y los atacó en plena calzada. Cayó en el momento justo. ¡Justo cuando el padre Piero impartía la Comunión! Yo escuché la frenada brusca y el alarido espeluznante. Entonces grité: ¡¡Zarpoooooooo!!! y el coro enmudeció. De un salto, tropezando aquí y allá, escapé del altar. Salí corriendo en auxilio de mi gato. Rodaron las Hostias Consagradas. Se derramó el Vino en el encaje purísimo. El Cáliz descendió a los suelos así como el padre Piero. Desparramado el Pan se confundió con los arabescos de las baldosas. Los monaguillos pisotearon el Cuerpo de Cristo y se desbandaron [118] hacia la calle. Los feligreses también. Todos presenciaron las dos muertes: por rescatar a Zarpo, caí tras él en la carrera desenfadada de un segundo conductor. Sí, tal cual el presagio del tío Roque. Y bien, aquello estaba escrito y a mí me toca cumplir el pacto. ¡Basta de contar el cuento! Debo asumir el desafío. Lo debo asumir hoy, ¡ahora! La noche empieza a desteñirse... El Mercado Cuatro despierta con su algarabía de carretilleros y pregones, de música estridente en los comedores. En «Villa Rosaura» se desperezan las ventanas de los dormitorios. Mezclado con el olor de la brisa tempranera, penetra el fermento agrí dulce de las frutas podridas. Un canillita ofrece a voces el periódico. En el espacio anaranjado la luna pierde su fuerza... Me resta un minuto de gracia para el golpe fatal. Fidelio se acerca. Oisquea el vino de misa que me delata. Sí, aquí estoy. Estoy con el mazo. ¡Ya le di! Juré que lo iba a reventar y cumplí. Salgo de rondas por el cielo amanecido. La tierra va quedando atrás... [119]

### Monaguillo a la medianoche

En plena oscuridad, los siete cofrades llegábamos de puntillas hasta la alcoba del tío Roque. Él nos esperaba siempre sentado. Su parálisis le impedía ponerse de pie. Sin embargo, pese a su invalidez, se las arreglaba solo. No pasaba por alto ningún detalle. En su dormitorio todo estaba dispuesto para iniciar la ceremonia. Los retratos familiares, colgados en las paredes, nos recibían circunspectos, estáticos, con la mirada fija puesta en nosotros. Prisioneros en la curvatura de sus marcos, permanecían en irremediable quietud. Un clavo sucio de herrumbre los sostenía a cada cual. Los monaguillos entrábamos de a uno, sigilosos... El último que accedía al cuarto, cerraba la puerta herméticamente. Con pasador, candado, llave y tranca de barrote. Eso formaba parte del rito. El tío había establecido una serie de normas para el efecto y nosotros las respetábamos puntualmente. La iniciación al trance exigía solemnidad, mutismo absoluto. Ninguno pretendía quebrantar el edicto. No se escuchaba en torno el menor ruido. Silenciosos y apretujados, nos acomodábamos sobre [120] una piel extendida en el piso. La piel terminaba en una cabeza de tigre feroz que enseñaba las fauces hambrientas y los colmillos al aire. Las tinieblas se aclaraban en ráfagas intermitentes. Un montón de cirios que se derretían en sus candeleros soltaba el reflejo: en los muros encalados se desplazaban figuras deformes; grandes monstruos que se agitaban al compás de las llamas. Al fondo, encima de una mesa vieja, grasienta de esperma, se levantaba el altar de los Santos Patronos. Allí, se destacaba el nicho de madera con las puertas abiertas y Nuestra Señora del Perpetuo Socorro adentro. Completaban el cuadro la cruz de hierro y el Cristo coronado de espinas, la reliquia de Jerusalén pegada a la

estampa que traje de Tierra Santa un vecino, la trenza bendita de pindó reseco de algún distante Domingo de Ramos, el escapulario de la Virgen del Carmen que había pertenecido a la bisabuela, una lámina descolorida con la efigie del Ángel de la Guarda protegiendo a dos niños en el cruce de un puente, otros símbolos de fe por el estilo y desde luego, los cirios. En los cirios encendidos bailoteaban las flamas su danza macabra. Tanto el ambiente como el relato nos metían un susto espantoso. También el tío Roque, autoelegido patriarca de la familia y declarado en guerra de entrecasa todas las noches de luna llena, vacilante en su silla de ruedas, temblaba de miedo (¿o de risa?). Un poco antes de rayar el alba, nuestra resistencia caía vencida y pegábamos unos cuantos alaridos. El clamor repercutía en el caserón. [121] Y si no fuese por el abuelo Gaspar que infaliblemente acudía al escuchar el griterío, los siete monaguillos de la gesta del Ángel hubiésemos amanecido tiritando de pavor, pero firmes en el campo de batalla. A esa hora de la madrugada, hacía un rato largo que nosotros habíamos cambiado de sitio buscando refugio. Nos manteníamos atrincherados detrás de la cama del tío Roque. Listos para la lucha; en el caso de que el temible luisón decidiese atacarnos. Por supuesto, mi gato Zarpo era el centinela. Lo dejábamos haciendo la guardia en el jardín. Jamás faltó a la cita en noches de plenilunio. Responsable, cumplía su obligación. Zarpo era así, de una sola pieza como don Gaspar, que nunca descuidaba nuestro pedido de auxilio. Solía llegar en el momento oportuno. Sobre la puerta del cuarto tenebroso, aplicaba con sus nudillos tres golpes: santo y seña que don Roque exigía para que desde adentro se descorriesen las trancas. Haciendo rodar pausadamente su silla, el tío se ponía en marcha. Llegaba, se aferraba con fuerza al picaporte, soltaba las cuatro cerraduras y le daba la bienvenida al visitante con ademanes ampulosos. Actuaba como si el abuelo fuese el único redentor posible. Don Gaspar, fastidiado por la comedia, restaba importancia a los aspavientos de su hermano y con palabras severas, lo acusaba de hacer teatro a costa de unos chicos indefensos. Además, le reprochaba el pánico que nos ponía a castañetear los dientes y citaba otros cuantos problemas psicológicos que de seguir con la farsa, nos [122] dañarían seriamente la personalidad. Luego, nuestro salvador buscaba reanimarnos y pidiendo valentía, nos obligaba a cruzar el escenario improvisado. Sumidos en una rara mezcla de pavor y coraje, pisábamos la piel del tigre feroz y en fila, sin hablar, marchábamos envueltos en las palabras alentadoras que nos prodigaba el abuelo. Con amplia sonrisa negaba la existencia del luisón e incluso, se burlaba de las historias espeluznantes que el tío Roque inventaba para nosotros. Pero yo no estaba convencido de que los cuentos me disgustaran. Prefería creer en ellos. El tema tenía atractivos poderosos para mí. No se podía decir lo mismo de mis hermanos: se tiraban a la cama vestidos y se cubrían hasta las cejas en medio de espasmos y chillidos histéricos. En cambio, yo me acostaba estimulado. A mí, los relatos del tío me daban un no sé qué de vital energía, un efecto portentoso, casi de bienestar. Y me acomodaba en mi colchón, en la huella conocida de mi cuerpo. Y excitado, con la mente cautiva de un perro sin cabeza, hacía el balance de tumbas, de cruces, de féretros abiertos, de huesos, de cirios, de ángeles con las alas quebradas... Y pensaba que así como en la leyenda del luisón, al sonar las campanadas de la medianoche, me convertiría en un perro negro que iría perdiendo la cabeza... Y atacaría los cementerios, me revolcaría entre los cadáveres, aullaría a la luna llena dando vueltas a su alrededor... ¡Qué espanto! Sin embargo, podría llegar a ser una fascinante aventura. Un pase de alquimista, que me permitiría escapar a la rutina de vez en cuando.

## Monaguillo se divierte

Aquel inolvidable mes de mayo, para festejar el cumpleaños de la Independencia de la Patria, inauguraron en la vecindad un parque de diversiones. Según la opinión de los adultos, de dudosa procedencia. Decían que la precaria calidad del equipamiento ponía en tela de juicio la marcha de sus maquinarias. Además, lo menospreciaban porque la ubicación que había elegido no resultaba ser precisamente la adecuada: se asentaba en una desembocadura de calles abierta a los cuatro vientos. De modo que campeaba en el lugar una ventolera desagradable. Y para no quedarse cortos, criticaban la exigua variedad de entretenimientos. Sin embargo, la suma de tantos defectos, no le restaba atractivo a nuestros ojos infantiles. Y más, teniendo en cuenta que el espectáculo de un parque de diversiones, funcionando en el barrio por primera vez, resultaba ser novedad deslumbradora y tentación que no cesa... Desde que lo vimos, rutilante en aquella esquina, con sus bombillas de luces intermitentes y la rueda de Chicago gira que gira contra el cielo estrellado, nosotros [124] no tuvimos reposo. Día y noche, suplicábamos que nos llevaran a conocerlo. El abuelo Gaspar decidió complacernos al cabo de una semana de letanías. Y el domingo a la tardecita, la jubilosa comparsa enfiló rumbo al objetivo de nuestros sueños. Íbamos los siete monaguillos de la gesta del Ángel, el abuelo Gaspar y la negra Eusebia. El tío Roque y el gato, quedaron en casa haciendo la guardia. Llegamos. En total desacuerdo, cada uno quiso tirar por su lado. El abuelo se puso nervioso y nos amenazó con el regreso inmediato. La negra, para solucionar el conflicto, estableció una suerte de programa improvisado. Por riguroso turno lo cumplimos: el gusano loco, el carrusel de los autitos, el látigo... La rueda de Chicago y la Montaña rusa, ¡no! Terminantemente, dijo el abuelo que no. ¡Que no era para niños! Protestando, las pasamos por alto. Y le tocó el turno al tren fantasma. Mis hermanos miraron el túnel tenebroso que se abría en la gruta de cartón. Aprensivos, retrocedieron unos pasos. Me reí en sus narices burlonamente. Se avergonzaron. Después, algo dudosos, aceptaron subir. Tomé la delantera y retiré los boletos con prisa. Temía que ellos se acobardaran y que nuestra aventura se cortara en ese punto. Mediante mi rápida actuación, pronto estuvimos listos para el viaje. Los vagones del supuesto trencito constaban de asientos dobles y encontrados. Cuatro pasajeros cabían a la vez. Mi hermana Lucía se acomodó a mi lado y se tomó fuertemente de mi mano. Los demás hicieron lo propio. El tren [125] pitó, carraspeó y partió. De sopetón entramos en la boca oscura de la caverna. Alaridos de ultratumba nos dieron la bienvenida y en una curva del sinuoso trayecto, un féretro se destapó de golpe: el muerto que lo ocupaba se levantó. La gente gritó despavorida y mis hermanos también. Lucía se apretó a mí y suspiró acongojada. En eso, una tela de araña nos envolvió en sus redes pegajosas... Al compás de fognazos esporádicos, se perfilaban a la vera del camino princesas descabezadas, animales monstruosos, dragones echando fuego... El olor infernal del azufre quemado hizo una ronda ligera y se fue. Las apariciones oscilaban con ritmo pendular en los recovecos de la cueva maldita. Y al final de la senda, cuando todos (menos yo) desesperaban por emerger a la luz, un esqueleto con quijada fosforescente y guadaña de doble filo, dedicó una reverencia y un adiós a los componentes de la travesía. Y salimos al exterior. Los brazos del abuelo Gaspar y de la negra Eusebia resultaron pequeños para el consuelo que buscaban mis hermanos. Disimuladamente, me aparté del grupo sensiblero y me acerqué a la boletería. Compré un billete para dar otra vuelta en el tren fantasma. [126] [127]



## Monaguillo en el infierno

Los siete monaguillos de la gesta del Ángel emprendimos una sigilosa expedición. El destino era el refugio de malandrines que se había instalado en la periferia del vecindario. Al lugar lo llamaban «Añá Reta'i». Según Eusebia, esas palabras querían decir más o menos, «Pueblucho del Diablo». Nuestra niñera Eusebia era traductora oficial de la familia. Ella tuvo que hacer de intérprete, porque el tío Roque había prohibido terminantemente que habláramos en guaraní. Hay que preservar el español de los antepasados, argumentaba con ganas de imponer su voluntad. El asunto a veces nos traía problema, aunque no tanto, puesto que en los casos de emergencia, Eusebia funcionaba como una experta conocedora. Jamás hubiésemos sabido del «Pueblucho del Diablo», si no fuera porque la niñera nos habló del sitio y desató nuestra curiosidad: ese infierno chico tiene fama de reunir a sujetos de la peor calaña; no queda muy lejos de aquí, aseguraba. Tienen que portarse bien, o pido la colaboración de los bandidos para recuperar el orden en esta casa, amenazaba. Su propósito, [128] sin duda, era asustarnos, pero consiguió el efecto contrario: no cejamos hasta metemos dentro del mentado infierno. Varias noches desveladas pasamos para desarrollar el plan. Al detalle programamos la visita y un buen día, cruzamos la mismísima puerta del pueblucho. Descendimos los peldaños de grava curtida en prudencial silencio. Examinamos la zona con mucha cautela. Todo parecía estar velado por una nube oscura, de humo caliente, irrespirable. Su entorno lo demarcaban protuberancias sombrías, húmedas de fango y ceniza. El ámbito esparcía los vapores del averno. «Añá Reta'i» se hundía en la tierra como una zanja abierta a tajo de machete. Entre vuelta y vuelta de un sendero embrollado surgían las taperas de cartón, trapo y tablas. Recuerdo que esa siesta irrepitable, discretamente, nos habíamos escapado luego de almorzar. En cinco minutos accedimos a los dominios de Satanás. Allí estaban en plena puchereada y un olor nauseabundo emanaba de los platos. El caldo espeso, de color indefinido, borboteaba en la olla de hierro. Sobre el brasero destartalado se hamacaba peligrosamente el cacharro. Una jauría de perros famélicos rondaba el banquete. Echaban saliva con la lengua afuera y apretaban el rabo sarnoso entre las piernas. Yo le pregunté a una vieja decrepita qué comían. Ella me dijo escuetamente: bofe. Después, lanzó un escupitajo retinto a mis pies, se rió a carcajadas y se llevó a la boca una cuchara enorme con el viscoso alimento. Eso apenas era el principio y el panorama [129] se presentaba deprimente. Uno de mis hermanos se largó a vomitar y al punto, quiso desistir de la aventura. Lo miramos desaprobando su cobardía. Tuvo que aguantarse y continuar. De ahí en más, en algo se complicó la cosa, pero seguimos adelante con entusiasmo. A diestra y siniestra, sorteábamos criaturas desnudas de la cintura para abajo: sentadas en el barro, dejaban el trasero a disposición de las lombrices. Hombres sucios, barbudos, dormían la mona atravesados en cualquier parte. De pronto, escuchamos un griterío descomunal y hacia allí nos dirigimos. Metidas en una especie de ring improvisado, vimos a dos mujeres corpulentas, de carne fofa y morena. Ambas se liaban en una lucha patética. De acuerdo con los comentarios de esa gente, ellas se disputaban el mismo concubino. A puro arañazos se arrancaban los vestidos rotos, mugrientos; vociferaban palabras obscenas, se soltaban los pelos a puñados, se pateaban en la boca y se echaban los pocos dientes que les quedaban. Sangraban a chorro por las narices, por las heridas. Aquello era un caos total y de repente, mi hermano, el de las náuseas, cayó redondo al piso. Lo levantamos pálido, sin signos de resistencia: ¡se nos había desmayado

en plena función! Estaba claro que allí terminaba nuestra aventura. Cabizbajos, abandonamos el infierno. [130] [131]

### Confesión de monaguillo

Por la siesta, mis hermanos preferían jugar sosegadamente a los trompos, al canje de figuritas... Siempre en el patio del fondo, respetando a los mayores y su mandato insobornable: teníamos prohibido salir a la calle o correr en horas de la digestión. Pero si me dejaban elegir a mí, la cosa se ponía brava: los invitaba a practicar un juego salvaje al que llamé «La mano en la Trampa». Me había inspirado en la leyenda que rondaba nuestro barrio con ese mismo nombre. Un brutal asesinato se había consumado, nadie sabía cuándo, en los confines de una propiedad cercana a la iglesia. Se contaba que todo empezó con la disputa de dos empleados de las oficinas que allí funcionaban. Era gente que trabajaba en la administración de una empresa adinerada. El problema surgió cuando uno de los contadores comenzó a sacar mal las cuentas y a inflar sus bolsillos. El otro lo descubrió y lo amenazó con denunciarlo. Nada lerdo el ladrón, se deshizo de su compañero apenas pudo: lo mató y escondió el cadáver. Pero la prisa y el nerviosismo lo traicionaron. Justo allí se iniciaba la [132] parte que yo había seleccionado para el juego: El caso fue que una mañana, muy temprano, el jardinero hacía la limpieza diaria. En unas de las idas y venidas del rastrillo, éste quedó atrapado en una mano que brotaba de la tierra. El hombre pensó en alguna raíz caprichosa y se inclinó para segarla. El pavor lo dejó quieto y mudo: unos dedos de carne y hueso se enredaban entre los filamentos metálicos. Sólo reaccionó cuando consiguió destrabar el rastrillo y también su lengua. Gritó desafortadamente pidiendo auxilio y en pleno, el personal de la oficina acudió al sitio. La mano afuera hizo de trampa, y el homicidio quedó así descubierto. Los monaguillos de la gesta del Ángel escenificábamos con lujo de detalles aquel terrorífico hallazgo. Para eso, habíamos elegido un guante de cuero color de piel que se guardaba en un arcón detrás del armario. Lo llenábamos de algodón y le cosíamos el puño. Una vez que al guante lo teníamos armado, por turno lo enterrábamos a medias: uno de nosotros se encargaba de buscar el lugar apropiado, y los demás, esperábamos de espaldas que la mano fuese escondida y el escenario dispuesto. A la orden de «¡listo, busquen!», se iniciaba la acción. El primero que daba con el guante era el vencedor, y al minuto se convertía en asesino; entonces, debía enterrar de vuelta la mano... Aunque parecía muy simple el juego, distaba de serlo, porque yo preparaba la escena con un clima denso, saturado de pistas venidas al caso. Para el efecto, fabricaba un espía o un detective con el fin de interpretar [133] los indicios. Generalmente, escogía a mi única hermana para el papel de espía. Ella disimulaba su apariencia de niña simple, con una mantilla española de ricos bordados, botines de charol y un casquete azul marino que había sido de la abuela. Todas las prendas que usábamos para la ocasión se guardaban en la misma caja, detrás del ropero. A la hora de los disfraces, trasladábamos aquel baúl hasta el fondo del patio y lo metíamos en el cuarto de las herramientas. Así entonces, el pequeño habitáculo se convertía en camarín. Y empezaban las caracterizaciones. El anticuado sombrero dejaba caer sobre la cara de Lucía una tupida redecilla que le cubría el rostro. El detective, por su lado, se empeñaba en el arte de transformarse. Éste podía ser cualquiera de nosotros y surgía de un sorteo previo. Usaba pipa, lupa y capote, al puro estilo de Sherlock Holmes. A continuación, inspirado en el cuello retorcido de las aves que la cocinera mataba

para el almuerzo, yo asaltaba el gallinero y cazaba un pollo gordo. Luego de soltarle el cogote, lo dejaba desangrar colgado del mango, cabeza abajo. Después, lo arrastraba de las patas a lo largo y a lo ancho del patio, dejando un reguero de sangre a modo de pista siniestra para nuestro juego. A esta altura de la comedia, alguno de mis hermanos pretendía suavizar el argumento y hacía desaparecer de escena el pollo sacrificado. Yo lo acusaba de maricón, lo expulsaba de inmediato, y el juego continuaba hasta las últimas consecuencias. Era cierto que mis gestiones resultaban en [134] exceso truculentos y que los monaguillos de la gesta del Ángel teníamos que confesar el pecado los domingos en misa de once, pero nadie me quitaba el extraño placer que yo sentía, cuando consagraba mis siestas al juego salvaje.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**